

# El Motín

AÑO XIX NÚM. 51

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

29 DICIEMBRE DE 1900

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
— Ultramar y Extramar, 10 pesetas año.— Nú-  
mero suelto, 10 céntimos.— Anuncio, 25.— Co-  
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## ADVERTENCIA

**Causas ajenas á mi volun-  
tad me impidieron publicar el  
número correspondiente al sá-  
bado anterior.**

**Mis lectores sabrán dispen-  
sármelo.**

## OTRA

Cuando Espronceda intercaló en su  
poema *El Diabolo Mundo su Canto á  
Teresa*, puso esta advertencia:

«Este canto es un desahogo de mi corazón. Sá-  
telo el que quiera.»

Yo digo lo mismo en cuanto á lo del  
desahogo. Pero recomiendo la lectura  
de este número.

Porque á través de sus franquezas bru-  
tales, de sus quejas justas, se ven an-  
sias de fraternidad, deseos de unión, es-  
peranzas vivas, confianza en resurrec-  
ciones próximas, anhelos de regenera-  
ción, y amor sin límites hacia la forma  
de gobierno que podía salvar á España.

## A MIS LECTORES

Salud en los años que os restan por  
vivir del siglo que el martes próximo su-  
cederá al XIX, (que tan reventados nos  
deja), y gracias por haber tenido el valor  
de acompañarme hasta aquí.

Y como nosotros, más que escritor y  
lectores, somos ya amigos que piensan  
al unísono, voy á dedicar gran parte de  
este número á hablar de El Motín, es-  
pecie de lámina fonográfica que imprime  
semanalmente lo que pienso en alta  
voz. Y sé que al hablar de él, complaz-  
co á los que lo leen.

Bien mirado, El Motín no es un perió-  
dico que aspira á difundir el dogma de  
una política determinada, ni á formu-  
lar un credo inflexible é inmutable para  
el porvenir, sino más bien un medio de  
sostener y semanalmente una conversa-  
ción con mis lectores.

¡El Motín! ¿Qué nombre más simpá-  
tico para nosotros? Encierra un mundo  
de anhelos y esperanzas no realizadas,  
al par que de luchas y esfuerzos colosa-  
les no siempre bien apreciados. Y para  
la reacción significa el combate sin tregua  
ni misericordia, el golpe rudo y  
constante... Ha llegado á simbolizar de  
tal manera todo eso, que su título es casi  
lo que más asusta y retrae á los pusila-  
nimes.

Varios amigos me han indicado: «¿Por  
qué no se lo varia usted? Podría decir  
lo mismo, acaso más, sin que curas,  
frailes y beatos se alarmaran; hasta los  
republicanos que hoy no lo leen, lo leer-  
ían.»

Quizás tengan razón los que hablan  
así. Mas yo no debo ni quiero hacerlo.  
Sería una mutilación de mi personalidad.  
De tal modo va unido mi nombre al de  
El Motín, y el mío al suyo, que no se  
conocen separados. Parece nacido para  
él, como él para mí. Todos los periódicos  
pueden cambiar de director sin perder  
nada; El Motín no. Dejándolo yo, esta-  
ría mejor escrito, ofrecería más varie-  
dad acaso. Pero no sería El Motín.

Además, yo nunca fui ingrato. Aun  
cuando alguien haya dicho que la ingra-  
titud es la independencia del corazón, y  
aplaudan tantos la frase, y muchos más  
la practiquen, yo me precio de agrade-  
cido, y puedo serlo en cantidad, por lo  
poco que he necesitado ejercitar el agra-  
decimiento. Y á El Motín le debo mu-  
cho, entre otras cosas, la de poder ase-  
gurar que sus amigos míos todos los  
que hoy lo leen, por ser hombres que  
no se asustan de oír verdades ni les gus-  
ta defender mentiras.

## IPOR FINI

Si la lucha ha sido grande, la satisfac-  
ción es inmensa.

El 76 comenzó en *El Globo* mi campaña  
anticlerical. Después de la restauración,  
nadie se había atrevido á iniciarla. Con-  
tinué en *EL MOTÍN*, teniendo enfrente á  
todos los reaccionarios, á muchos liberales  
y á bastantes republicanos.

Pasó el tiempo, fundáronse otros perió-  
dicos que enarbolaron la misma bandera,  
pelearon valientes, cayeron los más, fueron  
sustituidos, y hoy existen los suficientes  
para que no viva en paz el clericalismo.

Podrá discutirse si he luchado bien ó  
mal; lo que no puede negarse es que he  
luchado constantemente, y que he puesto,  
como vulgarmente se dice, toda la carne  
en el asador.

He dudado alguna vez. Sobre todo  
desde 1888 acá en que comenzaron á des-  
bandarse de El Motín muchos correligio-  
narios, los unos por si atacaba al clerica-  
lismo, los otros por si censuraba la con-  
ducta de los jefes republicanos que tanto  
al clericalismo favorecía. En más de una  
ocasión exclamé:

«¿Si tendrán razón los que de mí se  
apartan? ¿Si no será realmente el clerica-  
lismo una gran desventura y una gran ver-  
guenza para España, y si los jefes republi-  
canos obrarán bien? ¿Si un mal entendido  
orgullo me inducirá á creer que yo veo en  
esto más claro que los que me dejan?»

Y al hacerme estos razonamientos, hasta  
pensaba en matar El Motín. Afortunada-  
mente rehacíame pronto, y me decía:

«No; El Motín no puede morir en estos  
momentos; sería algo así como una deser-  
ción al frente del enemigo. Después de  
combatir como yo lo he hecho, la derrota  
no es deshonrosa. ¿Pero y el contenido que  
recibirían los clericales? ¿Y sus exclama-  
ciones de triunfo al ver sin vida al perió-  
dico que, por los años que lleva luchando,  
simboliza casi la protesta contra ellos?»

Y á raíz de decirme esto, sentía duplicar-  
se mis bríos.

Y así he venido años y años, tropezando  
sin caer, siempre esperanzado en que lle-  
garía el instante actual, esto es, que la in-  
tolancia y la precocidad del clericalismo  
despertarían á los dormidos, expolearían á  
los apáticos, animarían á los indiferentes,  
juntarían á los liberales.

Y como esto ha llegado, permítaseme  
que exprese hoy mi júbilo, felicitando á  
los Azcaráte, los Muro, los Blasco Ibáñez,  
los Romero Robledo, los Canalejas, y cuan-  
tos en el Congreso han alzado su voz con-  
tra el clericalismo, llevando á toda la Es-  
paña liberal esperanzas que tenía ya muy  
amortiguadas.

Y permítaseme de paso enviar un saludo  
fraternal á todos los que han llegado juntos  
conmigo á este tiempo en que en el Con-  
greso y en la prensa se han repetido con-  
ceptos que yo vengo empleando años y  
años, combatido por esos mismos que hoy  
hacen política y hasta literatura molinista.

El triunfo ha sido para la libertad; la sa-  
tisfacción para mí y los que coincidieron  
conmigo cuando se consideraba pecaminoso  
y criminal el clero.

¡Viva la libertad y adelante! Que la pri-  
mera jornada se ha ganado.

## UN BANQUETE

Soy enemigo de la celebración de ban-  
quetes, y lo he demostrado renunciando  
al que por ahora hace un año se me  
ofreció, precisamente por lo mismo que  
acaban de dársele á Canalejas: por com-  
batir el clericalismo.

Pero debí asistir al del sábado, para  
proporcionarme la satisfacción de verme  
entre muchos de los que me han combati-  
do por anticlerical, y que agitan ahora  
esa mi bandera. Me he visto años y años  
tan solo, que apetezco verme entre co-  
rreligionarios.

Porque, quiéranlo ó no, confésenlo ó  
lo callen, todos los que en el banquete  
se reunieron, son desde aquel día co-  
rreligionarios míos... en anticlericalis-  
mo. Y si no que se lo pregunten al Pa-  
dre Montaña.

Es posible que algunos, después del  
banquete, pretendan con distingos ó ex-  
plicaciones desvirtuar el acto, que fué  
anticlerical, y solamente anticlerical.

Pero no convencerán á nadie.  
Digan lo que digan, desde hoy (los  
diputados desde el día que hablaron en  
el Congreso), no serán otra cosa para  
los clericales, que unos *amotinados*. Lo  
que deben tener á mucha honra.

## DE PAR EN PAR

No quiero entrar en el siglo nuevo sin  
solitarios á mis queridos correligionarios  
unas cuantas verdades que se me van apos-  
temando. Los que se admiran de las cosas  
que he dicho, más se admirarán si supie-  
ran las que he callado. A tener dos ó tres  
años de reposo en mi vida (que no los ten-  
dré), recopilaría en un tomo lo que más me  
gusta de lo que he publicado, con este tí-  
tulo: *Cosas que he dicho, y se creería que  
había dicho algo. Mas al publicar luego  
otro titulado: Cosas que he callado, se vería  
que no había dicho nada.* ¡Tanto me he mor-  
dido la lengua y he refrenado la pluma, yo,  
que paso plaza de habérsela dejado siempre  
en completa libertad!

No estoy arrepentido de nada de lo que  
he escrito en contra de la conducta de nues-

tros jefes. No borro ni una línea. Si he acer-  
tado en mis juicios, por eso. Y si me he  
equivocado, por lo mismo. Mis equivocac-  
iones, que las canten los ciegos de allá.

De lo único que me arrepiento de todas  
veras, es de haberme empeñado, una vez  
convencido que era imposible, en hacer con-  
fesar á los republicanos que los jefes no han  
hecho lo que debían y podían para impedir  
el triunfo de las ideas reaccionarias, ya lu-  
chando á toda hora y con potentes energías  
en el Parlamento, ya levantando la opinión  
en la prensa, ya organizando al partido de  
tal modo, que hubiera sido constantemente  
para la monarquía un temor y á la larga  
un gran peligro. No he podido llevar á  
mis correligionarios ese convencimiento...  
Digo mal; el convencimiento sí; á lo que  
no he podido arrastrarles es á poner sus ac-  
ciones en armonía con ese convencimiento.

No he hablado desde hace años con un  
republicano que no haya estado conforme  
conmigo en cuanto al juicio que los jefes  
me merecían; mas he encontrado pocos que,  
al pedirle el concurso de su palabra ó de  
su pluma para combatir lo que condenaban,  
me lo hayan prestado noblemente y á tolo  
riesgo. Han preferido seguir mujeriego  
la propaganda del chisme contra los jefes,  
á atacarlos varonilmente cara á cara. Por  
esto mi labor ha tenido que ser forzosa-  
mente de desquiciamiento, no de recon-  
strucción, por esto no he edificado nada. El  
palacio de las jefaturas está demolido, pero  
los escombros obstruyen aún el solar. Y  
mientras no lo limpiemos, nada podremos  
hacer.

Indicaré en este número varias de las  
cosas que hemos hecho mal, por si el re-  
cuerdo nos sirve de saludable enseñanza.  
Algunas ya las he dicho. Otras las digo  
ahora por vez primera.

## Madrid y provincias

Yo, que me he puesto siempre enfrente de los  
que achacan á Madrid los males que sufrimos, es-  
toy en camino de darme la razón.

Nada se hace aquí para responder á los deseos  
y esperanzas de nuestros correligionarios.

Poi no cansar mucho, me fijaré en un hecho  
reciente.

El Directorio de la unión últimamente pactada,  
iba á hacer muchas cosas el verano último. Nada  
hizo.

Después acordó celebrar un mitin en Madrid.  
No lo celebró.

Mas tarde, perpetrarlo en Valladolid. Y tam-  
poco.

Y mientras tanto que los de Madrid perdemos  
el tiempo en hacer que hacemos, los republicanos  
que tienen el valor de proklamarse tales por esas  
provincias, sufriendo los vejámenes y los atropel-  
los de los monárquicos; unos sin poder siquiera  
ganar el sustento para sus familias por las perse-  
cuciones del caciquismo; otros emigrando para no  
perecer; algunos esperando en medio de mil penali-  
dades el momento de lanzarse á la lucha...

¡Qué de sacrificios ignorados, qué de posicio-  
nes renunciadas, qué de seres queridos sufriendo  
privaciones, qué de hombres convencidos cayendo  
lentamente en la fosa sin proferir una queja, to-  
dos por permanecer fieles á la causa! ¡Cuántas  
persecuciones sufridas, de esas sordas que atacan  
á la honra y los intereses, pero que no dan dere-  
cho á la queja y están con más seguridad! Varias  
veces he expresado mi admiración hacia los hom-  
bres que en las pequeñas localidades se atreven á  
ser republicanos, héroes desconocidos que no  
pueden siquiera abrigar la esperanza de que sus  
nombres se citen como ejemplos de abnegación y  
consecuencia, y cada día siento aumentar esa ad-  
miración.

¿Si tendrán razón los que anatematizan á Ma-  
drid?

Antes lo negaba. Ahora ya lo dudo.

## YO Y ELLOS

Y yo decía:  
—Por el camino que vamos, corremos  
á la muerte.

Y ellos, los del coro, contestaban:  
—¡Viva Pi! ¡viva Salmerón! ¡viva Zo-  
rrilla!

Y yo continuaba:  
—Esos hombres son inhábiles para  
traer la revolución.

Y ellos respondían:  
—¡Son sabios, son ilustres, son  
eximios!

Y yo añadía:  
—No tenemos recursos para hacer un  
movimiento. Con diez céntimos semana-  
les que diese cada republicano, reuni-  
ríamos millones en un año.

Y ellos contestaban:  
—¡Celebremos banquetes, pronuncie-  
mos discursos, cubramos de flores á los  
jefes!

Y yo proseguía:  
—El Ejército nos abandona. Hagamos  
algo para atraerlo.

Y ellos vociferaban:  
—¡Los jefes tienen generales, y regi-  
mientos, y divisiones! El pueblo se bas-  
ta y se sobra.

Y yo insistía:  
—Que el tiempo pasa, que las masas  
se nos separan, que el clericalismo se  
nos impone.

Y ellos gritaban:  
—¡Abajo los traidores, los que ayudan

á la monarquía, los aspirantes á jefatu-  
ras!

Y hoy que todo está roto, deshecho y  
en peligro de muerte; y hay jefes que  
reconocen ya lo que yo veía claro hace  
tantos años; y no tenemos un militar que  
nos ayude, ni un céntimo para comprar  
un fusil, ni el pueblo acude ya á las elec-  
ciones, ¿qué dicen todos esos vocifera-  
dores de oficio, todos esos conspiradores  
de ópera cómica, todos esos gozqueillos  
que los jefes azuzaban contra los que  
queríamos poner con tiempo remedio á  
los males que ya todos confiesan?

Aunque bien mirado hay que discul-  
parlos. Doña Verdad es una señora dig-  
na de todos los respetos, pero bastante  
lea; mientras que doña Mentira ¡oh!  
doña Mentira es tan hermosa, tan eu-  
cantadora!...

Además, no hay que olvidarse tam-  
poco de que el papel de redentor sigue  
teniendo, material y moralmente, las  
mismas quebras que cuando había que  
arrancar las caretas á los fariseos y á  
los publicanos.

## MENTIS

Desmentiré al que diga que yo he enar-  
bolado nunca la bandera de abajo los pre-  
stigios! Precisamente porque ningún jefe  
tenía como revolucionario, me contenté mo-  
destamente con gritar: ¡abajo los jefes! Y  
este mi grito, nada tenía que ver ni con sus  
talentos, ni con su integridad, ni con su re-  
ctitud; el que tuviera esas cualidades, con  
ellas se quedó. En cambio significaba clara-  
mente: el partido republicano debe eman-  
ciparse de los que lo han tenido años y años  
sirviendo de comparsa á la restauración, di-  
vidido en fracciones, y marchando al com-  
pás que le han marcado. Y también signi-  
ficaba: «hay que ir á la unión á toda costa,  
mas para ello es preciso anular las jefaturas  
que lo estorban».

Por otra parte ¿qué tiene que ver el pre-  
stigio con la jefatura? ¿O es que los hombres  
no son nada sino son jefes, ó que en esta tie-  
rra, donde se han derribado reyes por ir  
contra la opinión popular, tenían que ser je-  
fes por fuerza y jefes indiscutibles é invio-  
lables ciertos señores?

El deseo de que nos uniéramos, es el que  
me ha movido á derribar las ermitas llama-  
das partidos republicanos, para formar con  
sus materiales una catedral única manera  
de acabar con la anarquía que nace de la  
división, ya sea por cuestión de personas, ya  
por cuestión de principios.

¿Lo he conseguido? Todavía no del todo.  
Pero mucho se ha adelantado.

## ¡ABAJO LOS PROGRAMAS!

Hay quien sostiene que es necesario mante-  
nerlos, no precisamente para derribar la monarquía,  
sino para lo que venga después.

La afirmación, por tener de todo, hasta gracia  
tiene. ¡Lo que venga después! Cualquiera puede  
profetizarlo.

Hasta los que alardean de demagogos retroceden  
ante la idea de que vayamos á la revolución sin  
programa: quieren, por lo visto, sujetar la revol-  
ución al metro y al kilo. Revoluciones con peso y  
medida...

Puestos ya á eso, no sé cómo no se les ha ocu-  
rrido escribir un manual de tética, en que, como  
á las quintas se instruya á los revolucionarios:  
¡Autonomía municipal! Uno... dos... ¡Juntas revo-  
lucionarias!... ¡De frente! ¡March! Uno... dos...  
¡Atto! Uno... dos... tres...

No niego que esto sería encantador, idílico;  
sólo tiene el pequeño inconveniente de que es  
imposible de realizar.

De nada nos ha servido ni nos sirve todavía la  
experiencia á los republicanos. Es nuestro prin-  
cipal defecto.

Todo lo hemos hecho siempre con programitas.  
En la misma República del 73 daba gusto ver la  
unanimidad de pareceres, en cuanto á lo federal,  
que existía en el partido. ¿Y qué resultó? Que nos  
hicimos un lío, porque cada cual entendía lo fe-  
deral á su manera, y algunos de ninguna.

Y no es que yo dude de la eficacia de los pro-  
gramas. Pero pregunto: si todos son buenos, ¿así  
infalibles, ¿cómo vamos á preferir? ¿Cuál de ellos  
debe ser elegido por más práctico, más viable,  
más oportuno? ¡El míol!—contestará cada frac-  
ción y aun cada individuo que se permite el lujo  
de tenerlo.

Y hénos siempre en el mismo círculo vicioso.  
El que cree que el suyo es el mejor, no debe ce-  
der, so pena de inconsecuencia; y, no cediendo  
ninguno, el diablo que adivine cómo vamos á en-  
tendernos.

¡Los programitas! Parece mentira que todavía  
haya quien no esté convencido de que no sirven  
hoy para nada, como no sea para dividir. Si sir-  
vieran, ha tiempo que hubiera venido la Repú-  
blica.

¡Apenas le hemos dado programitas al país,  
aderezados en todas las formas y servidos con to-  
das las salsas, sin que nos haya hecho caso!

Y por cierto que, á causa de haberle dado tan-  
tos, el país no sabe ya á qué carta quedarse, ni  
qué es lo que le ofrecemos los republicanos. Y lo  
mismo que al país nos ocurre á todos.

Se necesita una memoria de las que no se usan,  
para recordar lo que cada fracción quiere y ofrece.  
Por mi parte, confieso que no sabría responder  
al que me preguntara: ¿en qué están los republi-  
cianos de acuerdo, y en qué no lo están? ¡Tal  
baturrillo de programitas hemos hecho.

Por estas razones, y por muchas más, opino  
que hay que encerrar los dichos programitas,  
no bajo siete, bajo setecientas llaves, y sustituir-  
los con éste, claro, expresivo y perfectamente rea-

lizable: «¡abajo todos los programas, para llegar  
á la unión que ha de contribuir poderosamente á  
derribar la monarquía!»

¿Y después? Si no es posible determinar lo que  
va á pasar dentro de una hora, ¿vamos á adivinar  
lo que sucederá después de venir la República?

Con tal que pase lo contrario de lo que ocurre  
hoy, el país saldrá ganando en moralidad, en ver-  
guenza, en dignidad, y hasta en dinero.

Lo que no debemos olvidar, es esto:  
El país no se ajusta ya de ningún programa  
republicano, por radical que parezca.

Por lo que se retrasa de ayudarnos, es por no  
ver hombres entre nosotros.

Tengamos arranques de tales, y á nuestro lado  
se pondrá.

Capitanes que luchen; no apóstoles que propa-  
guen. Esto es lo que España quiere ver.

## Máquina desarmada

Y FRAGUA APAGADA

Nos está pasando de algún tiempo acá á  
los republicanos lo que al que usa peluca  
ó se tife la barba. Cree que se la da á to-  
dos, y ni siquiera se la da á sí mismo.

Todos estamos en el secreto de nuestra  
impotencia actual, mas ninguno lo decimos;  
por el contrario, tratamos de engañarnos,  
creyendo que los demás no han caído en la  
cuenta.

Esto no es, ni mucho menos, confesar  
que el partido republicano carece de fuer-  
za; la tiene y grande. Pero es una fuerza  
como la que representan las diferentes pie-  
zas de una máquina poderosa desarmada  
por el suelo: hay que colocar cada una  
en su sitio y hacerlas funcionar para que  
la fuerza resulte. Y como no hemos encon-  
trado mecánico que arme la máquina republi-  
cana que desarmó Pavía el 3 de Enero  
de 74, ¡vaya usted!

Muchas veces lo han intentado varios,  
con escasa fortuna siempre. El mecánico  
mejor se encontraba al final con que había  
colocado al revés una pieza ó se había ol-  
vidado de otra. Y vuelta á desarmar para  
armar de nuevo. Y al cabo de 26 años nos  
encontramos con algunos trozos de la má-  
quina bien agrupados, pero sin que pueda  
funcionar todavía.

No dudo sin pruebas de la buena fe de  
nadie, y concedo que la han tenido todos  
los mecánicos, sus ayudantes, y cuantos  
han opinado que debía comenzarse á ar-  
mar la máquina por ésta ó por la otra pie-  
za. ¡Y cómo dudar si yo también me he en-  
gañado! La única diferencia entre los de-  
más y yo, es que ellos se han empeñado en  
sostener, aun después de ver el fracaso, que  
la máquina funcionaba bien, y yo he teni-  
do la honrada franqueza de silbar á los  
autores, incluso á mí.

Y vamos con lo otro.

Que no se cansen los directores del par-  
tido republicano: han dejado apagar la fra-  
gua, sin comprender que es más difícil con-  
servar el fuego que volverlo á encender, y  
que á esto se debe lo que actualmente nos  
ocurre.

No hay vida, no hay calor en el partido;  
la duda en los hombres ha enjuerdado la  
desconfianza en los procedimientos, y lo  
mismo los que prefiere los legales, que los  
preconizadores de los de fuerza, los siguen  
con la misma convicción que el loro repite:  
«para España y no para Portugal»; por ru-  
tina, por costumbre.

Hay, por lo tanto, que volver á encender  
la fragua para poder batir luego el hierro  
en caliente.

## Lo que hemos hecho

Hemos jugado á los comités; nos hemos distraí-  
do en los mitins; hemos celebrado manifestacio-  
nes; hemos hecho á diario vaticinios sobre la  
muerte de la monarquía; hemos elogiado por tur-  
no, y á veces, aunque pocos, juntos, á Pi, Salme-  
rón y Zorrilla; los hemos puesto como nuevos otros  
veces, por turno también, juntos y separados. Y  
hemos hecho y deshecho coaliciones; acudido á la  
lucha legal y retráido; entrado en las Cortes y re-  
tirado; juzgado incompatible la lucha revolucio-  
naria con la legal y juzgada compatible; celebra-  
do asambleas; hecho subir prodigiosamente las  
rentas públicas con los millones de cartas de fe-  
licitación y los ídem de telegramas dirigidos á los  
jefes con uno ú otro pretexto; y hemos, en fin,  
gastado centenares de miles de duros en publicar  
periódicos para propinarlos el gusto de llamar  
soberbio á Cánovas, excéptico á Sagasta, bruto á  
Martínez Campos, traidor á Pavía, ruinoso á la  
restauración, y otras frases por el estilo, que en  
nada han contribuido al bienestar del país.

¿Y los banquetes? ¡Ah! ¡lo que hemos ban-  
queteado con cualquier pretexto y ocasión! El 11 de  
Febrero; el día del santo de este jefe; cuando ha  
venido un portugués; cuando se ha ido; banquete  
por el maravilloso é inesperado acontecimiento de  
que un diputado republicano habló en el Congre-  
so; banquete porque se retiró la minoría; ban-  
quete porque se constituyó un comité; banquete por  
cualquier cosa. «¡La oposición es un banquete!»  
hemos podido exclamar sin que nadie se atreviera  
á tacharnos de exagerados.

¡Ah! Si tuviéramos reunidas las cantidades que  
hemos digerido los 41 de Febrero, los días de  
constitución de Comités, terminación de Asam-  
bleas, reunión de Juntas, ó del santo de tal jefe,  
saldríamos á fusil por republicano y á cañón por  
cada millar, con las correspondientes municiones.  
Podemos bien, sin que se tome á jactancia, ala-  
barnos de habernos comido la restauración de la  
República.

Y en medio de esto, ¿qué de ilusiones! ¿Cuán-  
tas esperanzas!



Cuando han mandado los liberales, hemos dicho que lo que convenía era que los sustituyeran los conservadores, porque éstos aprietan, y nos levantáramos como un solo hombre. Y efectivamente, venían los conservadores, apretaban más que un dolor, y no se movía una rata. Entonces volvíamos la oración por pasiva, y desahogábamos los liberales; porque al fuego sagrado de la libertad bulle más ardorosa la sangre revolucionaria. Y cuando los liberales volvían, por nosotros hechos unos benditos, salvo los pronunciamientos militares del 83 y del 86, que se prepararon sin contar con el pueblo para nada. Desde el último han transcurrido ya catorce años, sin que a pesar de esto dejemos de escurrir a diario por el colmillo.

Y entretanto, ¿qué ha sido del pueblo? ¡Bah! ¿El pueblo! ¿Qué se nos da de él, fuera de las épocas de elecciones? No trabaja, no come, languidece, muere... Pero eso ¿qué? Con echarle la culpa a la restauración, ya hemos cumplido.

¿Y qué ha sido de España? ¡Bah! ¿España? ¿Qué nos importa de ella, mientras no hayamos fijado bien el límite de las autonomías? Bancarrota es el interior, humillaciones en el exterior, pérdida de Colonias, inmundicia en todas partes. La reacción ahogándola, las órdenes religiosas saqueándola; los incapaces gobernando, los honrados abatidos; indiferencia en los unos, asco en los otros; el agio en triunfo; la usura único medio de vida donde no impera el robo; fábricas que se cierran, comercios que se hunden, labradores que ven pasar sus fincas al fisco; ruina y desolación por donde quiera que se mire...

Y nosotros, ¡nadai ni un arranque viril, ni un sacrificio fructífero. Ninguno cedemos. ¡Que se hunda todo antes que nuestra inflexible conciencia tenga que echarse en cara la más pequeña transgresión de principios! Faltamos a todos ellos en más ó en menos, mientras duró la República y aun después. Pero ahora debemos ser inflexibles. ¿Qué diría la posteridad si cualquiera de nosotros transigiese en bien de la patria? ¡Oh! Nunca. Nos debemos a la historia. ¡Sálvense los exclusivos y pereza España!

Así hemos obrado, así seguimos obrando, y así nos vemos.

Guerras civiles ha habido muchas entre los españoles, pero no han sido infecciosas como la sostenida entre nosotros. En la conquista de América, la epopeya más grande de los siglos, los españoles se combatían, pero avanzaban; sobre sus huesos levantaban un mundo para su patria; con su sangre regaban el árbol de la civilización.

Nosotros, en cambio, nos combatimos sin grandeza, sucumbimos sin gloria: sobre nuestros huesos no se levantará más que un farrago inútil de programas, manifiestos, circulares, telegramas de felicitación, *menus* de banquetes; papel, mucho papel; y en vez de sangre, sólo podremos ofrecer al desprecio de las generaciones venideras, tinta, mucha tinta...

## ¡Hombres! ¡hombres!

Hay en la política axiomas que pasan por incontrovertibles; uno de ellos es el de que las ideas lo son todo y los hombres nada.

Yo creo, por el contrario, que de una idea mediana pueden sacarse grandes bienes cuando la desarrollan y la aplican hombres de rectos propósitos y gran inteligencia, y que una idea inmejorable puede no servir para nada si se encomienda su aplicación a hombres ineptos, por más que sean honrados y virtuosos hasta merecer la bienaventuranza eterna.

Entréguese a un profano el instrumento de física más perfeccionado, ó el Estrasivarián más maravilloso. Por estar en manos de ellos no dejarán de ser lo que son, y, sin embargo, para nada servirán. Póngase en cambio un violín regular en manos de un buen músico, ó un instrumento deficiente en manos de un mecánico excelente, y éste lo hará funcionar á maravilla y aquel sacará melodías deliciosas.

Igual ocurre con las ideas; y al que lo dude habría que preguntarle cómo, siendo indiscutible la bondad de la república, habiéndole las circunstancias favorecido tanto, y contando con tantos adeptos, no ha podido imponerse en los últimos veinte y seis años.

No, y cien veces no; las ideas no lo son todo y los hombres nada; á esta creencia errónea débense muchos de los males que lamentamos; ella nos ha impedido fijarnos en que los hombres que estaban al frente de las fracciones republicanas carecían de las condiciones necesarias para hacer triunfar la República.

Y cuando alguien, como yo, ha querido poner de manifiesto sus deficiencias, millares de voces se han alzado para gritarle en todos los tonos: «Nada de personalidad! ¡Combátase á las ideas y no á los hombres!» otra vulgaridad de á folio, pues no se concibe que en ningún terreno, pero en el democrático menos, sea permitido poner en las nubes al hombre político por sus actos loables y no lo sea combatirlo por los mercedores de censura. O el mérito es exclusivamente de las ideas, ó es suyo en parte. En el primer caso, ¡por que elogiarlos cuando aciertan! Y en el segundo, ¿cómo no atacarlos cuando se equivocan?

«¡Hombres! ¡hombres!»—exclamaba yo hace años en un artículo que no me valió aplausos. Y «¡hombres, hombres!»—exclamaba ahora, dirigiéndome en vano mi mirada á todas partes, y desconfiando ya de que las ideas, por su sola virtualidad, sirvan para imponerse en el momento oportuno.

Hombres, sí; que de nada sirve que el licor sea bueno, si la vasija que lo contiene no reúne las condiciones necesarias para conservarlo y mejorarlo.

## Las flores místicas

El partido republicano no ha visto la que yo me trata al atacar á los curas; y unos correligionarios por ciegos, otros por mentecatos y muchos por cobardes, han ido haciendo el vacío al rededor de

El Motín. ¡Pobres gentes! Han pretendido servir al confesor de la señora y las niñas, mejor que á la libertad. El Señor de cielos y tierra se lo premie con un asiento de preferencia en el Paraíso... que no existe.

Algunos, más pudorosos, siguieron suscritos hasta que yo les di pretexto para retirarse con cierta decencia, al liarme con los jefes. Hicieron valer la heroicidad con el suyo respectivo, y se confundieron con la masa común de los majaderos, infinitos en número como las arenas del mar.

Si no han visto mis correligionarios á dónde iba yo á parar con *las flores místicas*; iba sencillamente á quitarle autoridad é importancia al cura, para que no pudiera valerse de ellas en beneficio de don Carlos. Como he dicho más de una vez, ¡valiente cosa me importa á mí que los curas tengan amas y éstas chiquillos, ni que falten al mandamiento que sigue al quinto con las feligresas que se prestan á ello! ¡Apenas hubiera yo figurado veces por esta causa, si llego á ser cura, en *las flores místicas* que hubiera escrito otro penitente de mis ideas!

No era por esto, no, por lo que yo los atacaba; era y es, porque veía y veo en los presbíteros (y en los frailes más aun) la encarnación lógica del absolutismo; era y es, porque mientras ellos predominan, la libertad no será un hecho en la patria de Mendizábal; era y es, porque pretendía y pretendo contribuir á que España no viva constantemente amenazada por la guerra civil, y á que podamos decir un día á las madres españolas: «Criad tranquilamente vuestros hijos: el *carlismo*, que os los asesinaba periódicamente, ha desaparecido, y para siempre».

Son, pues, unos infelices los republicanos que hacen aspavientos por mi campaña anticlerical.

Y á propósito de las *flores*.

Hace algún tiempo que no se publican en *Manojo*.

¿Por qué? Porque mis correligionarios no me mandan noticias de lo que hacen sus curas, aun sabiendo que aquí no se descubre á nadie.

O son creyentes ó tienen miedo.

## Pensar alto

Nos pagamos de palabras más que de obras. Cuando no á los jefes, rendimos culto idolátrico á unas cuantas frases, muy sonoras, pero muy pobres de sustancia en las realidades de la política. Allí van algunas, recordadas al volar de la pluma: «Sin abdicar de nuestros hermosos ideales...» «Conservando nuestros salvadores principios...» «Manteniendo enhiesta nuestra gloriosa bandera...» «Nuestro antiguo abolengo...» «Las santas tradiciones de nuestro partido...» «Nuestra consecuencia inquebrantable...» «La fe en nuestras doctrinas...» «Nuestro honor...» «Nuestra conciencia» y otras diez ó doce más que, si las supiéramos por inútiles, daríamos un gran paso en el camino del buen sentido.

Ya sé, ya sé que poniendo cada una de esas frases por título á un artículo, se pueden escribir sublimidades, agotar el repertorio de los adjetivos que entusiasman, y hasta quedar como Rogers de Flor en trato á dignidad, honor y pensamientos honitos; pero después de agotados esos temas, España seguirá deshonrándose y arruinándose, que es en primer término lo que debemos á toda costa evitar los republicanos.

¿Hay nada más poético que una monja? Renuncia á todos los goces de la vida por conservar incólumes los votos pronunciados; en punto á consecuencia, puede darle quince y raya al republicano más conservador de sus principios; admírase su abnegación; se aplaude su sacrificio; pero, en suma, ¿quiere decirse que misión cumple en la tierra una monja, como no sea la egoísta de alcanzar la bienaventuranza eterna? ¿Cuánto más que todas las monjas juntas vale la mujer que, aun prescindiendo de ciertos escrúpulos sociales, hace que en el registro de la vida se escriba esta frase hermosa; concebida ha sido un hombre?

De igual manera, ¿no sería mucho más grande el republicano que tragándose, no uno, todos los principios de que alardea, trajese la República por cualquier procedimiento, que la multitud de consecuentes, abnegados y fieles que convierten su partido en convento y creen haber cumplido con su deber defendiendo sus principios con el intrínseco egoísmo que la monja recita sus oraciones?

Hay que pensar más alto, prescindir más de lo propio, vivir, en fin, la vida de la realidad; y de ser intrínsecos, serlo en aquello que no afecta á la patria, esa patria cuyo nombre tenemos siempre en boca sin hacer nada para justificar que podemos tenerlo.

## Cola de león

Un periódico me dijo hace unos cuatro años que, «por idiosincracia, jamás me encontraría bien avenido con los hábitos de quietud y disciplina que impone toda organización política y que no figuraría tampoco en ningún partido que se creara.»

Será ésta mi idiosincracia, no lo niego; no se me encontrará nunca bien avenido con los hábitos de quietud y disciplina (palabra en moda); pero conste que he obtenido triunfos y aplausos en mis campañas, lo cual demuestra que muchos correligionarios piensan como yo.

No perteneceré jamás á *éste* ó *aquel* partido republicano; mas sépase que me honraré siendo el último soldado del partido republicano; que si me estimo lo bastante para no contentarme con ser cabeza de ratón en una fraccióncita, creo, en cambio, que me

darían más de lo que merezco permitiéndome figurar como cola de león en el *gran partido*.

Nunca he censurado por capricho ni por sistema. Por esto, siempre que se ha anunciado una coalición, una unión, una fusión, ó han corrido rumores de que los jefes iban á intentar algo provechoso, he cesado por completo en mis ataques y me he colocado, por lo menos, en actitud expectante.

Porque nunca he sido de los que quieren la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva.

## Falsos juicios

Hay quien atribuye al odio mi actitud. Se engaña. No odio á nadie, porque á nadie envidio. Mas todavía, no quiero mal á ningún republicano aun cuando haya cruzado con él palabras vivas, y estoy siempre dispuesto á ponerme á las órdenes del que vaya á la revolución, y lo demuestre con hechos, no con frases.

Mi conducta en este punto ha sido invariable. He juzgado á los jefes por sus actos; y así, he tenido alabanzas, lo mismo para el señor Pl, que para el señor Zorrilla, que para el señor Salmerón en varias ocasiones. ¿Que las alabanzas han sido escasas y las censuras muchas? Justifiquenme ó disculpenme los muchos años que llevamos de restauración. No soy yo quien condena á los jefes; son esos años, durante los cuales han hecho bien poco para demostrar que merecen estar al frente de un partido como el republicano.

Lo que hay es que escasean los hombres que saben escuchar serenos las censuras y separar en ellas lo que se inspira en móviles levantados de lo que obedece al apasionamiento peculiar á estas luchas. Pero obliga á tanto el ocupar altos puestos, que hay que encerrar el amor propio bajo siete llaves, y moderar los impulsos, á veces justos, de la indignación. Lo que he podido yo, simple periodista, permitir contra los jefes, no han podido ellos permitírselo contra mí. A más altura, más serenidad; á más responsabilidad, más mesura.

El deseo más vehemente de mi vida, lo he repetido muchas veces, ha sido y es hallar pretexto para aplaudir. Si; tengo hambre de elogiar; furiosa, terrible; pero ¡ay apenas encuentro donde hincar el diente. Cierro es que á buen hombre no hay pau duro; pero ¡por Cristo vivid hoy, después de haber ayunado tanto, á tomar las patatas por trufas?

## EL LASTRE

Cuando el buque peligra, se arroja todo al agua. ¿Todo? ¿Todo?

Se comienza por lo inútil, á lo que sigue lo que sirve, luego lo que vale, y por último lo más rico. Si van cajones de oro, á la mar se tiran. La salvación de todos impone imperiosamente el sacrificio de la fortuna particular.

Igual debemos hacer los republicanos. La patria peligra, y ninguno tenemos derecho á conservar nada propio, si dificultá ó retrasa su salvación.

¿Organismos de fracción? Lastre inútil. ¿Programas? Lastre que aire. ¿Convenciones? Lastre que vale. ¿Consecuencia? Lastre riquísimo.

Pero al agua todo, de menor á mayor, para ver si logramos arribar á puerto seguro.

Federalismo, unitarismo, abolengo... palabras son que hoy desunen. La única que une es ésta: República.

Y como de unir se trata para aunar fuerzas é intentar la salvación de España, al agua también ese lastre.

E inmediatamente, todos á una, llevando cada cual á la obra común la parte de esfuerzo que pueda, á cumplir con nuestro deber.

¿Insiste alguno en conservar lo que le es propio, después de haber hecho los demás el sacrificio de lo suyo? Pues al agua también con él; que barto tiempo hemos guardado á hombres é ideas un respeto que no merecían, por absurdas las unas, por incapaces los otros.

## A lo que hemos llegado

Antes, los monárquicos se preocupaban de nosotros; ahora, nos desprecian.

Si pronuncia un discurso uno de nuestros primeros hombres, ó lo corean con interjecciones groseras, ó lo ridiculizan.

Si nos reunimos, se encogen de hombros; si gritamos, se ríen.

Hablamos de derribar lo existente, y maltrato el caso que nos hacen. Si denuncian algún periódico, casi siempre es por dar esa satisfacción á alguien, no porque les importe lo que decimos. En suma, que para nada influimos en la vida de la nación, á pesar de ser los llamados á sostenerla.

¿Tienen los monárquicos razón para tratarnos así? De sobra.

Ellos, no con propósito deliberado, sino por la fuerza misma de las cosas, hacen lo posible por que venga la República.

Y nosotros, nada; tan mansitos, tan pacíficos, diciéndoles con nuestros actos: «muchas gracias; no la queremos.»

Eso sí, de palabra, somos terribles; ¡sin veros que hemos llamado á los monárquicos: canallas, y ladrones, y asesinos, y á la monarquía infame, inmoral y corruptora!

¿Y amenazas? De esto andamos bien: no pasa día sin que digamos en todos los tonos que vamos á barrer esa odiada institución de la haza de la tierra.

Lo que no sé, es cómo ha resistido la monarquía los títulos que ponemos á los artículos en nuestros periódicos: *Esto se val*, *La monarquía se hunde*; *¡No hay salvación!*; *El momento se acerca*; títulos que aborrazaban indignablemente á

la monarquía, si la costumbre de oírlos durante veintiseis años sin consecuencias deplorables, no le diese alguna esperanza de que todo quedará en broma.

Discursos elocuentes, á millares los hemos pronunciado: apóstrofes sangrientos, no los hemos escaseado tampoco; de mítins no hay que hablar; habremos celebrado sus cinco mil, saliendo de todos ellos convencidos de la calda inmediata de la restauración.

Y de los brindis belicosos á intencionados al final de los banquetes, (tantos en número como las estrellas del cielo), ¿cómo olvidarse?

Y en estas demoledoras (¿) ocupaciones, y en fundar comités, y en felicitar jefes, y en discutir si lo unitario es mejor que lo federal, ó al revés, y en hacer y deshacer coaliciones, uniones y fusiones, hemos pasado el tiempo.

¿Y cuál ha sido, cuál podía ser el resultado de todo esto, sino el haber llegado al bochorno extremo de que los monárquicos se burlen de nosotros y no nos tengan en cuenta para nada?

Hay que remediar todos esos errores, queridos correligionarios. De no hacerlo, y pronto, vamos á morir de una enfermedad asquerosa, de que nadie se salva: la enfermedad del ridículo.

## Pensemos en mañana

Ya poco nos queda por ensayar, como no sea lo que siempre tenemos en boca: la revolución.

Hemos acudido á los comicios y nos hemos retraído; realizado actos de fuerza aislados; celebrado mítins á porrillo y veladas á montones; fundado casinos y comités á millares; asistido á innumerables banquetes para conmemorar fechas y obsequiar personajes.

¿Y periódicos? No puede calcularse los que hemos fundado. Claro es que han cumplido y cumplen una gran misión, pero no tan eficaz como los males de la patria reclamados. Entre esos periódicos, los ha habido y los hay de lenguaje mesurado y de estilo violento; que todo lo han dicho en punto á la inutilidad de la monarquía y la inmoralidad de sus hombres.

Y en el Parlamento, ¿cuánto no hemos hecho! Discursos monumentales de los primeros oradores, arranques tribunicios...

Y á pesar de Parlamento, prensa, actos de fuerza aislados, banquetes, comités, casinos, sacrificios personales, nada hemos conseguido, y estamos cada vez más impotentes para intentar el último y supremo esfuerzo.

¿Por qué? Porque los sacrificios no han sido hechos por todos ni utilizados convenientemente; porque no hemos sabido vernos hasta olvidarnos cada cual de sí propio; porque hemos antepuesto al triunfo de la República nuestra peculiar manera de pensar; porque hemos colocado lo accesorio sobre lo fundamental.

Unas veces por el programa, otras por el abolengo, otras por la antigüedad... ¡Váyase al diablo todo esto, si impide la reconstrucción del gran partido republicano!

¡El abolengo! Si la democracia lo rechaza para el individuo ¿cómo ha de sostenerlo para las fracciones?

¡Los programas! Guarde cada cual el suyo para procurar que se imponga después del triunfo; mas ¡por qué invocarlo ahora, si mantiene la división?

¡La antigüedad! Cuando de la salvación de la patria se trata, el más antiguo es el primero que llega.

Y no es que yo pretenda que hombres ni partidos rompan de golpe con su pasado; sólo sostengo que el hoy tiene el mismo derecho á vivir que tuvo el ayer, y que debemos aprovechar las enseñanzas que nos han dejado veintiseis años de luchas estériles para llegar á mañana.

Pensemos en ese mañana, olvidando el hoy y el ayer.

## Con esto bastaría

He dicho que los programistas son un estorbo para estos, por que nos impiden, entendernos, y para después, por que nos traerían perturbaciones.

Hoy podríamos llegar á una perfecta y fructífera inteligencia, solamente con convenir en esto: En que había que traer la República por los procedimientos que vino la restauración, y conservarla por los procedimientos que la sostienen, y en que, una vez establecida, nuestra principal misión sería conservarla. ¿Podríamos conseguirlo dentro de la ley? Pues dentro. ¿No? Pues fuera. Y sobre ella y contra ella, á no ser posible de otro modo.

Y que no deberíamos cuidarnos de que se restaurase el derecho, sino consagrarnos exclusivamente á que triunfase la justicia; y que, cuando lo hubiéramos hecho todo autoritariamente, y removido los obstáculos que á nuestra marcha se hubieran opuesto, y en todos los organismos llevado á cabo el desmoche, lo mismo en organización que en personal, y cuando todas las reformas se hubieran implantado, entonces habría llegado el momento de convocar unas Cortes que sancionasen lo hecho.

Al llegar aquí, me parece oír á muchos correligionarios: «¡Dictadura!» [Autoritarismo... ¡Tiranía!... ¡Sí, y mil veces sí!... Convencidos de que en la República estaba la salvación, resultaría justo, político y honrado faltar á las propias convicciones para salvar á España. Somos demócratas convencidos; mas si, para imponer ó salvar la democracia, fuere preciso dejarla dormir por algún tiempo, habría que resignarnos á velar su sueño. Sacrificio grande sería, pero ese y algunos más merece. El alimento es necesario para vivir, y, á pesar de esto, hay quien vive precisamente por haberlo dejado de tomar durante ciertas enfermedades.

Otros correligionarios exclamarán seguramente: «¡Confusión!» [Caos!... ¡Demagogia!... ¡Sí, y un millón de veces sí! Pero de esa demagogia, de esa confusión, de ese caos podría surgir una España viril, de alientos, regenerada, en nada parecida á ésta afeminada, asmática, enclenque. Sólo se necesitaría para ello, que apareciese un hombre que, hipotecando previamente su cabeza, se atreviese á cortar todas las que tienen perfecto derecho á ser acariciadas por el verdugo.

Y en último término, y aun suponiendo que España estuviese destinada á perecer, menos sufriría destruyéndola un león de un zarpa, que cayendo roída por legiones de gusanos.

Pero, no; esto último no puede ser. Un pueblo no se resigna á morir de manera tan asquerosa...

## Rebatiendo un cargo

¿Que quién soy yo para hablar así? Uno de los pocos que pueden hacerlo, porque jamás oculté lo que pensaba, ni busqué medros dentro del partido, ni me arredraron las contrariedades; uno que, teniendo las simpatías de casi todos, cuenta hoy con las antipatías de muchos, por no haberse adaptado al medio; uno que, en condiciones como pocas para colocarse entre los de arriba, ha permanecido en su rincón trabajando por la causa sin descanso; uno que, si no tuviese tan arraigadas sus convicciones y respetase tanto su historia, hubiese dicho hace ya tiempo á sus correligionarios: «Abur, amigos. Me voy á la monarquía. Si me creo una posición política y hago fortuna, volveré á vuestro lado, seguro de que entonces me recibiréis con los brazos abiertos, como os estáis preparando para recibir á Canalejas.» Ese soy yo.

No es esto en mí vanidad; es orgullo de pura ley, grande y legítimo el orgullo que debe sentir todo hombre, apenas de ser un imbécil sin conciencia de sus actos, que pone honradamente al servicio de una causa inteligencia, voluntad y desinterés; el orgullo de quien se considera un pígame si se juzga, pero se cree un gigante si se compara; el orgullo del que, sin ideas mezquinas sobre cosas ni personas, podrá equivocarse alguna vez y realmente se equivoca, mas nunca dice lo que no siente; el orgullo de quien sabe que tiene siempre desprecio que regalar á los sinvergüenzas y saliva que arrojar al rostro de los miserables. Ese orgullo hermoso, noble, sin el cual nada vale el hombre que lucha por el triunfo de la verdad, y que le impide descender al pantano en que se agitan los reptiles que hay en todos los partidos. He dicho.

## SECCIÓN AMENA

### RECUERDOS DE UNA CAMPAÑA

Como voy sospechando que el número de El Motín correspondiente á la última semana del siglo xx no he de escribirlo yo, continuaré hablando un poquito de él y de mí en este de la última semana del siglo xix. ¿Y quién mejor podría hacerlo, si nadie lo conoce y me conoce tan bien, ni está en todos sus secretos y los míos, ni sabe todos nuestros propósitos, ni penetra mejor nuestras intenciones?

Pues como íbamos diciendo, fundé El Motín para combatir al clericalismo y procurar la unión de los republicanos. (Véase el primer número, 10 de Abril de 1881.)

Ambos eran empeños grandes. El primero por la cantidad de sangre teológica que llevamos en las venas los españoles, aun los más radicales; el segundo, por lo terribles que son las desavenencias entre individuos de una misma familia; y no obstante reconocerlo, me lancé á la lucha.

Enconada fué la que sostuvo contra los conservadores por los años 84 y 85. Empeñáronse en acabar con El Motín y no perdonaron medio para conseguirlo. Esto me llevó á no perdonar tampoco medio para evitarlo.

¿Qué vidita más retrechera la mía por aquella época! No pasaba hora sin contra-tiempo ni día sin catástrofe; denuncia, recogida, multa de 500 pesetas por ataques á la moral (¡ah Villaverde, qué lacayamente mamarracho fuistes entonces!); cinco ó seis directores en la cárcel; de diez á quince repartidores constantemente en la idem; un carro que cojen hoy por aquí con cajones llenos de Motines; tres mozos de cordeles que detienen mañana por allá con sacos atestados de los susodichos; un día la noticia de que en Correos han descubierto que se mandaban á provincias certificados como libros los paquetes de periódicos; á diario la pareja de servicio que pasa la cuenta hecha en la taberna próxima por verder el favor de no hacer nada; visita del Delegado que se cree molestado por un suelto; indignación de Oliver por que se había publicado una relación de destinos de la policía á sus órdenes... Un recado de la cárcel de que el director había cometido una barrabasada con los presos; la denuncia del número del día, que llega antes de haber sacado un ejemplar de la imprenta; gentes que me visitan á título de republicanos y que resultan polizontes...

¿Qué incidentes tan desagradables, pero qué variados y cómicos á veces! Hoy se saca por el tejado la tirada del número (de 14 á 20.000 ejemplares); mañana, en varios viajes dentro de la cuba de un aguador, preparada al efecto; una semana se tira en una imprenta, la siguiente en otra; la redacción rodeada de policía secreta... á voces; la imprenta de agentes de órden público... Desde la calle de Isabel la Católica se pasa la tirada, saltando por ventanas y escalando paredes, á una tahona de la calle de San Bernardo; dos coches que aguardan á la puerta se llenan de papel en tres minutos y escapan á la imprenta de Luch en la calle de Atocha. Y esto en las barbas de la policía que inundaba las dos calles y la plazuela de Santo Domingo.

Un incidente más gracioso que todos. Íbamos Iglesias (el rey de los capataces muertos hace poco), y yo, con los bolsillos atestados de paquetes de composición en derechura á dicha imprenta, cuando en la calle Peninsular advertimos que nos seguía un polizonte. «¡Don José, uno de la carga! me dijo por lo bajo mi compañero. Inmediatamente tomamos el tranvía, y el polizonte también. Llegamos á la Puerta del Sol, cambiamos de línea, y el polizonte lo mismo. ¿Qué hacer para despatistarlo? Al emparejar frente á San Sebastián le digo á Iglesias: «¡Sígale usted!»



y bajando por la plataforma delantera, me dirijo al templo. El polizonte, que no debía conocerme muy bien, se queda perplejo unos segundos. ¿Era posible que los de El Morín entrasen en una iglesia? No, no debíamos ser nosotros, se dijo sin duda, mientras nos confundíamos entre los fieles (había muchos) atravesábamos la nave y a poco salíamos por la calle de las Huertas.

Sería interminable la relación de todo lo que hice para burlar á aquel gobierno, que en su afán de servir á la reacción llegó á olvidar que no debe colocarse á ningún periódico en la situación que colocó á El Morín. La seguridad de ser denunciado, dijese lo que dijera, me hacía á veces exagerar la nota.

Mucho dinero se ganó entonces, pero también se gastó mucho. Dos duros á éste porque no viese; cinco á aquél porque no oyera; diez al de más allá porque no entendiera... Un duro diario á cada uno de los directores presos; cinco reales y un cocido á cada repartidor...

A pesar de tantas contrariedades, de tanta lucha, al retirarme por las noches á mi casa orgulloso de mi labor, satisfecho de mis triunfos, dormía de un tirón desde las ocho hasta las cuatro, (costumbre que conservo), y al levantarme con las fuerzas recuperadas, y el cerebro equilibrado, agarraba la pluma, y el recuerdo de los triunfos del día anterior me daba energía para el que comenzaba.

De mi campaña contra los conservadores quedará recuerdo mientras haya prensa. De ella salió El Morín con 84 procesos y 47 excomuniones. Tuvo constantemente en la cárcel tres ó cuatro directores (yo no podía dar la cara por estar desterrado en Colmenar de Oreja, y vivir en Madrid de incógnito). Tampoco la hubiera dado sin esta circunstancia. Encerrado yo en la cárcel (adiós campaña!) Además le fueron impuestas 14 multas de 500 pesetas, y sufrió toda clase de atropellos y vejaciones.

Eso sí; me divertí bien con aquellos dantes, haciéndoles denunciar el catecismo de Ripalda, el manifiesto de Sandhurst, el Cristo de Benvenuto... ¡Y les dije unas cosas! ¡Pero qué cosas! Verdad es que las merecían... Sobre todo Villaverde, por haberse empeñado en complacer á las señoras de la aristocracia que, azuzadas por los jesuitas, pedían á voz en grito la muerte de El Morín! Hasta patrocinó la publicación de un periódico dedicado exclusivamente á combatirle. Se llamaba *El Pepinillo*. Sólo publicó cuatro ó cinco números.

En todo esto había bueno y malo, dulce y amargo; se trabajaba mucho, pero se tocaba el resultado. Lo peor vino después.

A fuerza de trabajo y economías... (aunque me reventaba la vida modesta, la he hecho siempre), se habían editado unos millares de libros. Pues bien: cuando los correligionarios comenzaron á dejar El Morín, hubo que venderlos á bajo precio y con su producto editar otros.

¿No los tomaban los libreros, ó querían que se les diesen más baratos que de balde? Pues á la calle con los libros, á las ferias, á todas partes...

Pero en Santander un concejal comilonesco los recoge; y en Valladolid un alcalde en trechido prohíbe su venta; y en Bilbao un polizonte al servicio de los jesuitas hace lo mismo, y lo propio en Valencia un alcalde conservador dominado por los carlistas...

De este modo resultan vanos cuantos esfuerzos se hacen para salir de los compromisos más apremiantes... Y como en El Morín no ha habido nunca, ni las hay, ni las habrá, otras entradas que las decentes, la cerrazón aumenta cada día.

¡Qué existencia! ¡Para mis enemigos la deseo! ¡Aun cuando nunca la disfrutarán: son gentes prácticas que explotan lo mismo la religión que la política.

Y lo más gracioso de todo, (porque la nota cómica se da hasta en los duelos), era que mientras esto me ocurría, los unos me felicitaban por mi constancia en atacar al clericalismo, y los otros me aplaudían por mi enérgica actitud ante la conducta de los jefes. Sin suscribirse á El Morín, por supuesto.

¡He dicho que esto era lo peor! Lo he dicho por darme importancia: lo peor vino más tarde, cuando...

¡Pero, si será estúpido? ¡Pues no iba á ponerme grave!... Cortaré aquí el artículo, añadiendo únicamente:

He recordado todo esto, sólo para marcar la diferencia de tiempos y tiempos. Entonces había opinión, y se podía luchar. Hoy no existe. Por esto admiro tanto á los periódicos que, no obstante la indiferencia de sus correligionarios, pelean con ardimiento digno de mejor premio que el que reciben.

## JUEGO DE NIÑOS

¿Por qué no nos hemos unido de verdad los republicanos para derribar la monarquía? Por habernos contentado con jugar á la República durante la restauración. Todos nuestros organismos han respondido á esa idea.

¿Se crea esto una paradoja? Pues véase los cargos y funciones que hemos ejercido, y compárese los con los que dentro de la República verdad hubiéramos desempeñado.

Presidente de la República.—El jefe de cada fracción.

Ministros.—Los miembros del Directorio ó Consejo.

Cortes.—Las Asambleas y en su defecto las Juntas Centrales.

Gobernadores.—Los presidentes de los comités provinciales.

Personal de los gobiernos.—Los vicepresidentes y vocales de esos comités.

Ayuntamientos.—Los comités municipales.

Legislación.—Las Constituciones y programas de cada fracción.

Gacetas.—Los órganos de cada jefe en la prensa.

Alianzas.—Las que se han pactado entre las

diferentes fracciones para elegir diputados ó concejales.

Guerras civiles.—Las sostenidas entre fracción y fracción y que en ocasiones han dado vida á otra nueva.

Tributos.—Los acordados para sostener periódicos oficiales, realizar movimientos de fuerza, dar banquetes al jefe ó á sus delegados, etc.

Camuflajes.—Los que han rodeado á cada jefe adulando sus caprichos.

Ejecuciones.—Las llevadas á cabo, moralmente, en todo aquel que no se ha sometido á los jefes absolutos, inamovibles é irresponsables.

Tratamientos.—En vez del «augusto soberano» de la monarquía, hemos dado á los jefes los de ilustres, eximios, integérrimos, eminentes, etcétera.

Entretenidos en estas puerilidades, apenas si nos hemos fijado en los males de la patria. ¿Qué falta nos hacía que viniese la República, si nos hablamos cada uno proporcionado una para andar por casa? Excepto cobrar, todo lo demás lo hemos hecho.

Y como la vanidad se satisface con lo que encuentra á mano, de igual manera que hay quien toma Champagne de á dos pesetas y Jerez de á seis reales con la misma solemnidad y el mismo gusto que si fueran legítimos, nosotros nos hemos contentado con parodiar la República, reservándonos el doble placer de figurarnos que hacíamos de paso destrozo terrible entre los monárquicos.

Y así han pasado 26 años.

## O á obrar, ó á callar

Es verdaderamente una desdicha todo lo que he hecho.

Progresistas contra progresistas, federales contra federales, federales contra centralistas, centralistas contra pactistas... Las palabras más duras, incluso la de infamia, arrojadas mutuamente al rostro; hondos quejas con rabia expresadas; desalentos y amarguras profundas... Periódicos de un mismo partido insultándose; la prensa arrastrando una vida miserable... Aquí republicanos que triunfan en las elecciones por componendas con los monárquicos; allí acusaciones tremendas de chanchullos realizados por concejales republicanos... Los jefes de partido impotentes para todo aquello que no sea ahondar las distancias y aumentar la división; la calumnia silvando contra los honrados; la garrulería y el charlatanismo imponiéndose; los dignos retirándose á sus casas ó luchando desesperada é inútilmente por la honra del partido... Por todas partes confusión, caos, ruina... Tal es el espectáculo que hemos ofrecido al país.

Y no soy yo quien lo dice. Son ellos, todos, los de arriba y los de abajo, los de un bando y los de otro. Ya no hay aquello de que El Morín perturba, divide y desgarró. No. Aquel estruendo, tan cómodo para rehuir responsabilidades, ocultar deficiencias ó velar malas acciones, no hay ya quien lo cante. El Morín no ha hecho más que adelantarse á todos en descubrir la llaga; tener el valor de lanzar la primera piedra, porque podía lanzarla; ni más ni menos.

Y en tal estado ¿qué hacer? O llegar á una reorganización completa, ó morir para la vida activa de la política por tiempo indeterminado.

Pues valdría más el partido republicano apartado, silencioso, purgando sus errores en la sombra, pero digno, severo y noble, que bullendo y gritando, gárrulo y declamador, sin fe en el pecho ni verdad en el labio, coreando pasiones de los altos y sacando de la oscuridad á los osados.

## Cursi impenitente

Con motivo de los debates últimos en el Congreso, la prensa jesuita ha insistido en llamar cursi á los que se preocupan del predominio alcanzado por el clericalismo. Como le ha dado juego durante varios años la palabra; cree que puede continuar empleándola. Se equivoca. Estamos ya todos en el secreto.

Lo cursi es seguir la corriente de falsa devoción iniciada por las señoras de la aristocracia y seguida por las de las horteras enriquecidas, casi todos por malas artes, á fin de pasar por cultos; lo cursi es seguir la moda de la piedad sin tener siquiera la disculpa de que nos arrastra la creencia; lo cursi es confundirse con la turbamulta que hace del culto materia de distracción cuando no tapadera de acciones vituperables.

Puede ser cursi, y lo es muchas veces, la forma en que algunos atacan al clero, empleando pataratas y frases que no encajan en la manera de decir hoy; pero ¿el acto de atacarlo? Nunca.

¿Cursi hablar del clero y combatirlo? Ese clero que ha sobrado del Presupuesto desde el 35 acá más de ocho mil millones de reales, y ha sacado doble á los fieles, y nos ha promovido dos guerras que cada una nos ha costado próximamente una cantidad igual, y que se dedica actualmente á preparar otra!

¿Ese clero que da su contingente al carlismo, y contingente tan feroz como Santa Cruz y sus compañeros en torsura y asesinato!

¿Ese clero que, servidor humilde de todo el que posee, aun cuando lo haya adquirido robando, no tiene para el pobre y el desvalido ni palabra de consuelo ni pedazo de pan!

¿Ese clero que, ante las desgracias nacionales sólo sabe tender la mano, y cuyos jefes viven en el fausto mientras el pueblo emigra ó agoniza!

¿Cursi hablar de todo esto que afecta á la dignidad y la vida de la nación, hoy envuelta en la red que el jesuitismo le ha tendido!

¿Cursi el combatir la invasión fraileña, que embrutece y fanatiza, acapara y despoja, preparando para lo porvenir días de sangre y de luto!

No es ni por impiedad, ni por odio, ni por mala siquiera por lo que algunos combatimos sin tregua ni descanso al clericalismo: es porque vemos en él la rémora para avanzar, el obstáculo

para subir; es porque todo lo que la nación produce va pasando á sus manos; es porque dentro de poco, si no viene aquí un gran sacudimiento, España caerá por bajo de esas desdichadas Repúblicas americanas que el jesuitismo deshonra y devora, y no queremos que esto sea con la complicidad de nuestro silencio.

No podían faltar, y no han faltado estos días, alusiones al morrión de los progresistas, sintetizando en él la persecución al clericalismo. ¡Pobre morrión y que mal le pagan los que sin él acaso no tuvieran cabeza donde colocarse el sombrero, porque el clericalismo se la hubiera cerado!

Antes, cuando estos conflictos entre la reacción y la libertad se presentaban, la prensa neocatólica estaba á un lado y la liberal á otro. Hoy se da el triste caso de que parte de ésta excede á aquella en la dureza de los ataques y se distingue por su intransigencia.

Si por aquí viniera el deslinde, que tan necesario es, entre los servidores del jesuitismo, más ó menos desdichados, y los defensores de la libertad, más ó menos impacientes, aun pudiéramos aplaudir á los conservadores por lo que han hecho; pero como no será así, continuaremos en esta confusión de ideas, sin saber nunca si el que está á nuestro lado es amigo, ó enemigo.

De todas maneras, conste que aun cuando conviniere todos en que es cursi atacar á los enemigos eternos é implacables de la libertad, yo continuaré mi labor, teniendo entonces á título honroso el que así me calificaran, tan arraigada tengo la creencia de que España no será ni significará nada, mientras tolere que el clericalismo chepe su savia y se le imponga y la domine.

## Cada vez peor

Por todas partes se oye decir, aun á los mismos monárquicos:

«Si los republicanos estuvieran unidos ¡qué ocasión más hermosa para ellos la presente! Y nosotros, nada; tan desunidos y tan campechanos.

En *Maldades que son justicias* dice el duque de Lerma al ver por un momento unidos á sus hijos, que se odiaban y se combatían:

¡Gracias á Dios que la suerte en el dolor os hermana! porque indudablemente el dolor une... á todos los que no son republicanos.

Estamos excluidos de todo, vejados, desterrados en nuestra propia patria; viendo morir á ésta en manos de ladrones que comulgan y de frailes que explotan, después de haber oído el chapoteo que los pies de cubanos, tagalos y yanquis producían en los charcos de sangre vertida por nuestros soldados.

Hemos presenciado la pérdida de nuestras colonias con una mansedumbre ejemplar.

Y á pesar de esto, y de ver la bancarrota vecina, y que todo el edificio nacional vacila y amenaza desplomarse, nosotros permanecemos desunidos, cuando no por cuestión de programa, por cuestión de procedimiento; cuando no de procedimiento, de jefatura; cuando no de jefatura, de oportunidad, pues mientras unos creen que debemos aperebrirnos desde luego, otros sostienen que debemos tomar con calma el asunto.

Y esto, no es ya previsión, ni prudencia, ni habilidad; es sencillamente: apocamiento, cobardía, y ¿me atreveré á decirlo? falta de lo que siempre ha sobrado en España á los partidos liberales.

## LA DISCIPLINA

Se me aplica la palabra indisciplinado muy á menudo. Confieso que lo soy; pero ¿quién puede en justicia tirarme la primera piedra?

Soy indisciplinado por no creer que sirva para nada la disciplina que nos ha tenido veintiseis años sometidos sin ningún resultado práctico; disciplina que es abdicación, vasallaje, servidumbre; disciplina que otorga que enerva, que degrada; disciplina que en el Ejército pone la suerte de la nación en manos de un Pavia, y en el pueblo los destinos de la República en manos de tres hombres que han dado golpes de Estado contra la democracia; disciplina que nos ha traído la descomposición; disciplina que todos invocan, que ninguno guarda, y que sólo sirve para satisfacer vanidades y perpetuar errores. Lo que nosotros llamamos disciplina se llama en Rusia tiranía.

Lo que ocurre conmigo, es que no soy de los que profesan la indisciplinación á medias, por la misma razón que no se puede ser católico á medias. Yo creo en la eficacia de la misa, pero no en la confesión. El católico que así habla, no es católico. Para estar dentro de la ortodoxia, ay que creerlo todo, hasta que habló la burra de laaam, milagro creíble, puesto que también habín los clericales.

La disciplina se entiende hoy de una manera depresiva para el individuo, y entre los republicanos más que entre los monárquicos. Todo el que no se someta á los jefes más aún que á la doctrina, está perdido. Por esto al sacar la espada para combatirlos, hay que hacer lo que ya he hecho: romper la vaina.

Los jefes republicanos no perdonan: se necesita mucha talla para eso. Por lo tanto, teja entendido todo aquel que con ellos se meta, que no será perdonado; cuando más será tolerado, si las circunstancias lo aconsejan. Sé á qué ateneme respecto á este punto. Y todavía pudiera transigir en alguna ocasión con el que valientemente los hubiere atacado; nunca con el que no se atreve á romper de frente. Y esto es muy humano. Podemos estrechar la mano al que nos dió un balazo, no al que tuvo intención de ponérsela en la cara.

No hay que olvidarlo: lo mismo es juzgado en el Ejército el inferior que da una bofetada á un jefe, que el que le desoeeja un tiro; lo mismo es anatematizado el periódico que disiente del partido en una cuestión de detalle, que si disiente en un punto de doctrina; más aun aquel que éste. Si Daoiz y Velarde amenazan á sus jefes con indisciplinarse, hubieran sido fusilados sin gloria; taltaron á la disciplina sin anunciarlo, y al morir resultaron héroes.

Pero prescindo de todas esas razones, y voy al hecho.

¿Para qué se nos ha pedido disciplina? ¿Para ir contra el enemigo? No; para pasar silenciosos por todo lo que nuestros directores han hecho ó dejado de hacer.

Y francamente, para esto...

## Mi hoja de servicios

He atacado cual ninguno otro republicano al clericalismo.

He sostenido en la prensa la campaña más dura que se ha hecho contra los conservadores. En otro artículo recuerdo algunos episodios.

He sido incansable censor de las inmundidades de los monárquicos.

He entrado en coaliciones y uniones, habiendo sido el iniciador y mantenedor de la fusión.

He combatido la formación de agrupaciones nuevas, sin ningún fin práctico, y que sólo contribuían á satisfacer ambiciones personales.

Propuse en 1892 que reuniéramos dinero, por medio de cuotas semanales, con lo cual hubiéramos tenido á esta fecha muchos millones, ó los habríamos empleado en algo provechoso.

Cuando murió Ruiz Zorrilla, indiqué pactar junto á su tumba una unión revolucionaria.

He propuesto á quienes podían hacerlo que abriesen un empréstito en América y en España.

He tratado de que nos reuniésemos veinticinco ó treinta hombres para obrar independientemente de los organismos directivos.

He iniciado y sostenido una campaña contra el carlismo, por ningún otro periódico igualada.

He propuesto que nos reuniéramos en cualquier punto los republicanos desligados de las jefaturas, sin ostentar otra representación que la propia, sin programa y sin otro propósito que el de concertar los medios más adecuados para traer la República.

He tratado de que los periodistas nos reuniéramos, para fijar la marcha al partido.

He rechazado cargos en organismos importantes.

No he solicitado ni siquiera un voto para mí, ni he buscado exhibiciones de ninguna clase; por evitarlas, hasta he renunciado á un banquete que querían darme en Madrid, y que hubiera formado época por el número y la calidad de los concurrentes.

He tronado contra todas las mamarachadas y ridiculeces del partido: los banquetes, las veladas con música y lectura de poesías y recibimientos con flores, palomas y banderitas.

Cuando vi que la libertad peligraba me olvidé de mis peculiares ideas y le dije á Castelar: «Traiga usted la República, y trabajaré porque no la perturben los que piensan como yo.»

Ultimamente ideé lo de los sellos para ver si lográbamos reunir unos miles de duros; lo que indudablemente hubiera ocurrido, si en vez de dirigirme á los correligionarios diciéndoles que los señores Fulano y Zutano no habían querido tomarlos, hubiera podido decirles que cada uno de ellos había tomado por valor de 500 pesetas. Se habría reunido la cantidad mayor que ha tenido nunca el partido republicano. ¿Para qué? Este es mi secreto... á voces.

En fin, que no he dejado de proponer lo que yo no podía realizar por mí mismo, ni de intentar lo que en mi mano estaba, ni de prestar mi concurso en lo que juzgaba práctico para llegar á donde todos deseamos, ni de impulsar á los que desmayaban, ni de fustigar á los que detenían á los demás.

Claro es que todo esto nada vale ni representa, comparado con lo que he debido hacer, ni con lo que he hecho los que comprometieron en empresas más heroicas que bien preparadas su libertad y su vida. Pero entre los que nos hemos dedicado á mover la lengua ó la pluma, deseo conocer al que haya hecho más.

Y basta de gloria.

Pero antes que se me olvide.

De varios años acá, siempre que he visto ejecutar en los circos el trabajo ecuestre (no sé como se llama ese en que sale el artista disfrazado de bandido ó de mendigo, y se va despojando de varios trajes hasta que se queda con uno brillante y lujoso) he estado á punto de compararlo conmigo; no lo he hecho, por parecerme un poquito pretencioso; pero pensarlo ¡oh! lo he pensado. ¿Quién está exento de debilidades? Y lo he pensado, propinándome á continuación este comentario, que no es adulador, porque es justo:

Despojándome de los harapos de la pasión política ¿qué queda de mí? Un hombre que ha tronado contra todas las injusticias sociales y que no desea que le hagan siquiera justicia sus correligionarios.

## Por qué soy anticlerical

Así como hay quien nace con facultades privilegiadas para la música, mientras otros no pue-

don nunca enterarse de la diferencia que existe entre el canto llano y el flamenco, hay también quien entra en el mundo con la facultad evidenciada de sentir (ya que ver y comprender no le sea dado á la mísera criatura humana) las inefables dulzuras de la gracia.

Yo, por desgracia, me he presentado en el planeta sin esa facultad. ¿Es mía la culpa? No, como tampoco lo es del ciego de nacimiento el no ver; y por tal motivo me he pasado la vida sin preocupado absolutamente de las verdades de nuestra siata religión. Y digo nuestra, porque, aquí donde ustedes me ven, estoy bautizado como cualquier hijo de vecino, y aun creo que confirmado, y hasta he oído mis misas en aquella preciosa y nunca bien llorada y estúpida edad de la inocencia, en que el alma, abriéndose al sol de la fe como la flor al de nuestro sistema planetario etc., etc., no sabía absolutamente lo que se pescaba.

Pero aun entonces, lo confieso con rubor, ni me enfiaba ni me calentaba nada de aquello; (excepto la impresión desagradable de frío que debí de recibir al mojarme la cabeza para borrarle el pecado que Adán y Eva cometieron, y del que, lo declaro con la mano sobre el pecho, no tenía la menor noticia en aquel instante, ni todavía la tengo.)

Así es que opino, sin duda por aquello de «creer el ladrón que todos son de su condición», que lo que á mí les ocurre á los que piensan algo en estas cosas, si es que realmente piensa alguien. Aun cuando sí: hay muchos que piensan, y que deben pensar, por la relación estrechísima que hay entre la fe y la adquisición del vil garbanzo. Sin esto, ¿quién iba á perder el tiempo en hablar de asuntos religiosos?

¿El dogma! Los misterios! Los milagros!... Sólo en broma se puede hablar ya de esto, que además resulta perfectamente inútil. Al que cree, no hay medio de convencerle; su inferioridad intelectual le impone la creencia, y no es cosa de perder el tiempo en disuadir á los imbéciles; y al que no cree, pero que le conviene aparentarlo, sería una necesidad hacerle argumentos que de seguro tiene olvidados.

Todavía, á título de entretenimiento, podría ser disculpable el hablar de esas cosas, si no se viese á las gentes de Iglesia en acecho tras ellas para atacar nuestra bolsa, quitarnos la libertad, é intervenir en todos los actos de nuestra vida, porque esto ya sí que no puede echarse á broma.

La decadencia, la postración, la ruina de España se acentúan cada día, debido á que no pasa hora sin que se retiren de la circulación grandes sumas de dinero sacadas á la piedad, á la inocencia, á la ignorancia, al par que á la inmoralidad y al vicio, sumas que no vuelven á servir de motor á la actividad industrial ni mercantil, y que, de volver, se emplearían en preparar la guerra civil ó combatir el progreso.

La red está bien tendida, hay que reconocerlo. Desde la devota pobre que compra una papeleta de cinco céntimos de cualquier rita realizada con aparente objeto piadoso, hasta la encumbrada señora que lega mandas cuantiosas ó regala palacios á las comunidades; desde el devoto que eche diez céntimos en uno de los innumerables capillos que hay en todos los templos, hasta el que contribuye con miles de pesetas al dinero de San Pedro; hasta los desgraciados que se arrojan á la puerta de un oratorio para pedirle á Dios pan para sus hijos arrojando por la rejilla los últimos céntimos que le restan, todos contribuyen á la ruina de España.

Y como uno de los primeros deberes de todo español es impedir que nuestra madre común se arruine, de aquí la necesidad de combatir sin tregua al descanso al clericalismo, que se la va á comer por sopa si no acabamos pronto con él.

Sin esto, yo soy uno de los que no diría una palabra acerca de la religión, y si lo hiciera, sería únicamente por distraerme, porque materia para esto, hay que ser desapasionado, si la da en abundancia. Nada más entretenido que las vidas de los santos. Las leo cuando estoy de mal humor y á las pocas líneas me pongo alegre. Ensayen el procedimiento mis lectores y me agradecerán la noticia.

No es, pues, el fanatismo del sectario lo que mueve mi pluma; es la convicción indestructible de que todas las religiones embrutece y empobrece, y empeñecen, aun cuando se afanan por demostrar lo contrario los que de ellas viven y los que á ellos se arrian para vivir.

## A MIS SOLAS

Muchas veces me digo:

¡Pero no tenía yo más misión que cumplir en este cochino planeta, que la de pasarme años y años barajando los nombres de Pi, Salmerón y Ruiz Zorrilla! ¡Tan poco valgo y para tan poco sirvo, que no haya podido seguir otros derroteros que me hubieran hecho, si no desposarme con la fortuna, amancebarme con la tranquilidad cuando menos! ¿Quién me hubiera rechazado, si á él me acercó? ¿En dónde no me hubieran acogido, si lo solicité?

Mas ¡ay! por lo visto era mi sino escribir El Morín en una época en que no podía ser apreciado, y me ha sido imposible sustraerme á mi sino.

Y lo mejor es que no puedo, ni debo ni quiero sustraerme; me domina, me subyuga la labor que hago. Me encanta este Morín, al que pudiera aplicarle con justicia esta seguriya gitana:

Tú me tiés á mí como San Lorenzo; achicharrato por un lao y por otro, y siempre contento.

Morín por el que he hecho tan grandes sacrificios y los que estoy dispuesto á hacer.

Si se tratara sólo de mí, de vivir yo, hace tiempo que El Morín no existiría; en cualquiera ocupación, escribiendo artículos literarios, ó volviendo á bilvanar piecillas para el teatro, por encontrarme capaz aún (modestias á un lado) de hacerlas tan malas como la mayoría de las que hoy se representan, sacaría lo suficiente para ir tirando, sin las contrariedades, los disgustos, y ¡por qué no decirlo, si es cierto!, las abdicaciones que por fuerza se imponen al hombre más entero en los momentos difíciles.

Pero como no se trata de mí sólo; como al caer El Morín caería algo que simboliza la lucha; como el día que yo dejara de decirle, nadie diría ciertas cosas que deben decirse, estoy en el deber de sostener el



periódico, cuéstemelo lo que me cueste. Y me cuesta mucho. ¡Si lo sabré yo!

Aunso no se explican entre los que nunca han tenido un periódico en el que hayan puesto toda su inteligencia, todas sus energías, todos sus sueños y todas sus esperanzas. Pero se lo explicarán los que lo han tenido, aun cuando no sea durante veinte años como yo. Que ya son años. Por estos hijos del espíritu se hace lo que quisiera no se haría por los de la carne.

Es una vergüenza para el partido republicano lo que le ha ocurrido a EL MOTIN. Periódico tan honrado como el que más, se ha visto y se ve combatido a turno por todas las fracciones y abandonado por casi todos los correligionarios, por si ataca a este jefe, ó ridiculiza al cura de tal parroquia.

¡Infelices! ¡Pues no veis lo que ocurre! Parece que todo se confabula para darme la razón. Los jefes sin autoridad y separados; el partido deshecho; el clericalismo triunfante; la frailetería comiéndose; el carlismo amenazador... Y si todo esto es así, y no podéis negarlo, ¿quién ha tenido aquí razón sino yo? Si este es el crimen que debo purgar, lo merezco.

¡Duro en EL MOTIN!

## BIEN, MUY BIEN

El señor Sol y Ortega pronunció el día 19 en el Congreso un discurso razonado, enérgico, lleno de lógica, de ironías sangrientas y de pasión democrática, al combatir el proyectado matrimonio del hijo del carlista conde de Caserta, con la princesa de Asturias.

Así se hace la oposición a la monarquía y se levanta el espíritu republicano.

Me felicitation a Sol y Ortega, á quien en otras ocasiones censuré.

## El sueño de mi vida

He sostenido una labor ruda durante veinte años para traer á la realidad al partido republicano; me he puesto al lado de los que parecían más dispuestos á hacer la revolución; he predicado ya la coalición, ya la unión, ya la fusión; no he transigido con nada ni con nadie que se opusiera á la inteligencia común; no he retrocedido ante ningún sacrificio por llegar á ella... Aun después de estar plenamente convencido de que nuestras divisiones eran irreductibles, he agotado los medios de que disponía para ver si era yo quien se engañaba...

Y mientras por el camino del comité buscaban algunos republicanos con ejallas, por el de los directores diputaciones y por el de las asambleas jefaturas, es decir, influencia, consideración, y algunos mudo, yo me insistía apartado, y muchos correligionarios pasaban la vida, nunca desengañados, animados siempre, acudiendo á todos los llamamientos, defendiendo programas petrificados ó incomprendibles, cándidos para creer cuanto les decían, persiguiendo, desdenando posiciones, para caer al fin abrumados por los años y quebrantados por la pobreza, lanzando por toda queja estas palabras: «¡morir sin ver!»

Y cuántas veces, en esta labor de años, viendo venir á tierra cuanto me rodeaba, admirándome de lo inagotable que es la inbecilidad humana, sólo, mal juzgado, cuántas veces, Diógenes de estos tiempos, he ido yo con mi linterna buscando un hombre en el partido republicano, dentro de la tendencia revolucionaria (y con cuánta desesperación y amargura la he ido apagando sucesivamente, sin dejar por esto de encenderla cada vez que vislumbraba una esperanza nueva, para acabar contentándome ahora, como el griego, con que no me quiten el sol, esto es, la libertad!)

Y cuántas ilusiones por tierra! ¿Cuántos sueños desvanecidos! Una República traída por la revolución, dura, sangrienta, pero justiciera, sana; un estado de derecho en que todos cupiesen, pero reservando los primeros puestos á los mejores; un gobierno de ilustrados y enérgicos, con voluntad á la altura del entendimiento, sin mezquindades en el sentir ni escrúpulos nimios en el ejecutar; República que después de derribar lo ruinoso se dedicara á construir lo magnífico; que después de cortar lo gangrenado cicatrizará con solicitud lo vivo... Con esta República soñaba yo. Y sueño todavía.

Si, sueño con ella; aspiro á una revolución que lo vuelva todo, brutalmente justiciera, sin respetos para lo legal injusto, y con hambre de reformas salvadoras. Porque llegue esa revolución combato sin descanso. Mas como la libertad peligra, aceptaría la República con los hombres que la trajeran, sin volver la vista atrás. Y una vez establecida procuraría, en unión de todos los que piensan como yo, impulsarla hacia adelante. Y si ni esto lográramos, quedaría patentizado que menos aún habríamos servido para traerla y después consolidarla. En funciones los poderes amorables y responsables, solamente de nosotros dependía el mal de la República. Con sufragio universal, constitución reformable y poderes amorables, si el pueblo no iba adelante sería porque no quisiera. Y yo creo que quiere. Por esta razón no me inquieta el porvenir.

Ha sido necesario que el carlismo amaneciera acabar con la libertad, para que me haya decidido á pensar de este modo. Sobre mis convicciones, sobre mis deseos, está el peligro que la libertad corre, y el anhelo, natural en quien ha pasado la vida defendiendo una idea, de verla triunfante, aun cuando no sea por completo.

Pasan con tal rapidez los años y son tantos los que han desfilado ante mí, que el deseo de ver la República establecida espolea mi espíritu con inquietud rabiosa, y pienso con pena en los republicanos que han muerto sin lograr satisfacerlo, y me juro tocar todos los resortes para que no me suceda lo que á ellos.

Si, quiero morir en república, sea cual fuere; quiero que mi última mirada se pose en el penacho de humo que saiga de la chimenea de una fábrica alzada sobre las ruinas de un convento; que el último rancor que llegue á mi oído mezclado con el dulce acento de los que me aman, sea el de la igualdad que reclama un nuevo derecho sin temor á que la ametrallen; que el último soplo de aire que entren mis pulmones venga saturado del aliento del niño que sonrío satisfecho mientras su madre lo contempla sin miedo á que el hambre se lo quite; quiero, en fin, algo que

represente equidad, reposo, esperanza, yo que he pasado mi vida entre injusticias, luchas, desencantos...

Y si esto no pudiera ser aún, porque los males intensos no se remedian á tambor batiente, ni las heridas hondas se cierran en tres días, ni los desastres nacionales se arreglan en un año, quiero cuando menos morir con el consuelo de ver que España marcha por el camino que puede conducir al término deseado.

Y me creía regamente recompensado por cuanto he hecho, si cinco minutos antes de expirar brotase en mi ya entonces confuso cerebro el consolador pensamiento de que alguien que me hubiese conocido bien, pudiera exclamar al otro día sin temor á ser desmentido:

«Fue un hombre que amó la República más que á sí propio.»

## ¡Perdonadlos, Señor!

Me hacen sonreír los juicios que á espaldas mías emiten algunos correligionarios.

«¿Qué plan será el mío?» se preguntan. «¿Qué pretendéis?» Y cada cuál se contesta con arreglo á lo que él haría si en mi lugar se encontrara.

El plan mío, apreciables desdichados, se reduce sencillamente á procurar que nos unamos todos para ver si así podemos traer una República que acabe con el clericalismo y sus derivados. Y lo que pretendo es separar todos los obstáculos que nos detengan en ese camino, provengan de las ideas ó provengan de los hombres. Ni más ni menos.

¿Qué he sacado yo, qué saco de todo esto? ¿Acertar en mis pronósticos? Satisfacción mezquina sería. Hay algo peor que engañarse cuando se piensa bien de los hombres, y es acertar siempre cuando se piensa mal. Aunque esto que digo no es aplicable á mí; yo no he pensado mal de ningún jefe; me he limitado á juzgar sus actos. ¿Que los he censurado también cuando no los realizaban? Claro; como que en los hombres que están al frente de partidos revolucionarios, la inacción es un acto, criminal en ocasiones.

Y mirada la cuestión desde otro aspecto, el material, ¿qué he ido ganando tampoco?

Aquí se publicaba un periódico semanal con caricaturas en cinco colores, que dejaba bastantes ganancias; después se dejó en dos colores, por que ya no cubría gastos; luego en uno, por ídem. Y ahora se publica sin caricaturas.

Aquí se daba además un *Suplemento* por semana. Ya no se publica el *Suplemento*.

Aquí se hacía anualmente un almanaque con tirada de diez mil ejemplares. Hace cuatro años que no se hace.

Aquí se editaban muchos libros. Hoy no se edita ni un folleto.

Aquí existía una buena imprenta, donde todos esos trabajos se confeccionaban. Ya no existe.

Aquí se vivía sin apuros y se tenía crédito ilimitado en muchas partes. Hoy todo eso pertenece á la historia.

Y aquí, lo mismo cuando se ganaba mucho, que cuando se ganaba menos, que cuando nada se ganaba, que cuando se pierda, se sigue la misma marcha en todo; combatir al clericalismo y á los que no hacen cuanto pueden y deben por que venga la República.

No me quejo de nadie: ha ocurrido lo que debía ocurrir, y nada más. La mediana opinión que tengo de muchas gentes me impediría llamarme á engaño, sino me lo vedara el temor á pasar por tonto. Aunque mirada la cosa desde el punto de vista de mi conveniencia, eso y sólo eso he sido, con la agravante de que continuaré siéndolo, y de que volvería á empezar á serlo con mucho gusto, si lo pasado pudiera dejar de ser.

Defecto de organización, perturbación cerebral, carencia de instinto, no sé que será lo que determina esta mi manera de ser; más lo cierto es que soy así. Es verdad que si fuera de otro modo, no me habría metido á disgustar á nadie sólo por decir lo que creía justo. «Con mi misita, mis niñas y mi aguardiente, hago una vida de santos», decía aquel cura del cuento. Yo, imitándole, podía haber dicho á mi vez: «Con mi Motin, los libros de la biblioteca y la influencia natural adquirida en tantos años de trabajo, que me pinchen ratas. Venga quien venga, y mande quien mande, no valgo tan poco que vaya á desairarme aquél á quien me arrime. ¿Que ni Salmorón, ni Pi, ni Zorrilla cumplen con su deber? ¿Y á mí, qué? Yo ya tengo seguro un puestecito el día que venga la República; hasta tanto, tira de aquí, tira de allá, con lo que produzcan el periódico y los libros, iré viviendo, aunque sea con apuros. Que se la busque cada quisque como yo me la he buscado, y, Antón Perulero, cada cual atiende á su juego. Y ¿quién sabe, quién sabe? quizá se me hubiese ocurrido un día hasta ser concejal (que nadie está libre de un mal pensamiento) y entonces... (Aquí de la haber tres líneas de puntos suspensivos.)

Pero me contento con hacer punto final.

## CREO Y ESPERO

Soy de los que creen y esperan todavía: por esto luto. Si perdiera toda esperanza, dejaría de luchar en el terreno político. Tengo ratos de desanimación; y quien no los tendría, al recordar tantas catástrofes en lo pasado y ver tantas ruinas en lo presente! Afortunadamente son cortos esos ratos. Si durasen horas seguidas, acaso no me reanudara. Pero hasta tanto, yo no acepto la idea tan generalizada de que no tenemos redención; yo no me rebajo á suponer que no quedan energías en un pueblo que tan grandes las tuvo; yo confío en un despertar cercano.

Lo que creo, es que esas energías carecen de cohesión en nuestro partido, único en condiciones de emprender la obra redentora; por eso le espoleo constantemente y en ocasiones le fusillo. Si lo creyese muerto, me habría apartado de él ya.

Que hay entre nosotros hombres sin entusiasmos, incapaces de hacer el menor sacrificio, y dominados por los jesuitas. Lo sé; pero frente á esos, ya pongo á millares de millares de republicanos que vienen soportando durante un cuarto de siglo, en provincias más aun que en Madrid, las vejaciones, los atropellos, la pobreza, la miseria, sin aligerar de sus ideales; que sacrifican sosiego, fortuna y porvenir á la esperanza de morir en República; que pudiendo gozar con los que mandan, se enorgullecen de padecer con los que sufren; que se ofenderían de que alguien supusiera que podían negarse á prestar un servicio ó afrontar un riesgo. Y la prueba de que existen, está en que hay partido republicano todavía; ellos lo forman, ellos lo sostienen, ellos lo honran, y ellos lo redimen de los egoísmos, las cobardías y los acomodamientos de aquellos otros.

Pero aun suponiendo que yo me equivocara en este juicio, ¿quién podría demostrarme que no son tal como los pinto? ¿Quien los ha solicitado en serio para empresas en que pudiesen haber probado que realmente no son así? ¿Qué hombre de importancia les ha dicho, como Sixto Cámara, Rivero y Becerra en otro tiempo, «¡Vamos todos, nosotros los primeros!» Pues si no se les ha puesto á prueba ¿por qué asegurar que no responderían? Más bien parece que quienes dudan de ellos, tratan de cubrir así las deficiencias propias.

Si mañana sucesos inesperados vinieran á desmentirme, si me convenciese de que no existía realmente lo que hoy veo, no aguardaría, no, á que nadie me excitase á confesarlo, lo haría espontáneamente, y continuaría luchando; no por alcanzar un triunfo político en el que ya no creía, sino por satisfacer la necesidad que me impulsa á combatir contra todo lo pequeño, contra todo lo injusto... Hasta entonces giraré: ¡Arriba los corazones!

## VITALIDAD INNEGABLE

Los que niegan vitalidad al partido republicano por quehuda hace, no advierten que nunca partido alguno la tuvo mayor. ¿Cómo, si no, hubiera podido resistir tantas luchas intestinas, tantas rectificaciones en su marcha, tanta variedad de programas, tanta ambición, pequenezes tantas?

Se le ha proficado la lucha armada exclusivamente, la legal exclusivamente y las dos á la vez; se le ha hecho aceptar varias coaliciones; se le ha recomendado la unión y la fusión; se le ha dicho que el federalismo es la panacea y el unitarismo la muerte; y al revés; se ha visto estafado el acudir á la lucha legal, porque los resultados no han correspondido á sus esperanzas, y preferido en los hechos de fuerza, porque los que los preparaban tenían miedo á su intervención.

Y sin embargo de todo esto, y de que la monarquía lo ha vejado y arruinado, el pueblo republicano conserva aun vitalidad y tiene energías sobradas para ir á todas partes donde crea que puede contribuir al triunfo de sus ideales.

Última grande que no las emplee en imponerse á los que, por cálculos mezquinos ó por emulaciones censurables, enervan sus fuerzas en vez de utilizarlas en bien de la patria, cada día más necesitada de hombres de carácter y miras levantadas.

Y para esto, lo indispensable es unirnos todos.

Mientras no nos unamos para derribar, sin preocuparnos de que el edificio que debemos construir se ajuste al plano de éste ó aquel arquitecto; mientras nos envidiamos del mañana más que del hoy, como si estuviera en nuestra mano encausarse mañana; mientras por temor á los males que puedan sobrevenir al cambiar de régimen, soportemos los que el actual produce, no adelantaremos un paso.

Lo único que podemos y debemos ofrecer al país, es la seguridad de que antepondremos en todo tiempo y circunstancia su salvación á nuestro interés particular, y que estaremos siempre dispuestos á sacrificarnos en bien suyo. Fuera de esto, nada debemos en justicia y en conciencia ofrecerle.

Y en tanto que no lleguemos á esto, lo saldremos de esta situación difícil, los gastaremos en empresas estériles, y seguiremos haciendo méritos para que se nos califique de tontos, el más terrible de los calificativos en política.

## A ORGANIZARNOS

¿Que me he quedado casi solo? Por para los que se han ido. Esto prueba que nosotros, que nos decimos partidarios de la verdad, la aborrecemos; que tenemos hábitos de servilismo que contradicen la democracia que nos blasfemamos.

Además, ¿de qué se quejan? Sin mí, sin mi

campana, nadie hablaría hoy del partido republicano; tan á menos lo han traído sus directores y tan en poco lo van teniendo los monárquicos.

Lo más triste y lo más lamentable no es que se calumnie á éste ó á aquel republicano; después de todo, eso únicamente afecta al que es blanco de la calumnia. Lo que afea, lo que desespera es que no nos haya quedado energía más que para estas miserias; que respiremos en una atmósfera artificial; que aceptemos como verdades las mentiras, sabiendo que lo son; que cerremos los ojos para no ver; que nos tapemos los oídos para no oír; que no nos apasionemos sino por lo personal, y, en fin, que discutamos en vez de obrar.

A los restauradores, cuando estaban en la oposición, los unía una idea común, como todavía los une: la monarquía. Si se hubieran entretenido en discutir si había de ser de ésta ó aquella forma, no hubieran triunfado en Sagunto. Entre nosotros hay, en cambio, quien quiere que se diga de antemano si las horas van á continuar teniendo sesenta minutos como hasta aquí, y quien sostiene que esto no debe ser, porque acusa un respeto exagerado á la tradición. No conocíamos en nada en público, y, no obstante, en la intimidad estamos casi de acuerdo en todo.

La llaga es honda, pero no incurable; por eso así trabajo en su extirpación. Hay en el partido republicano mucho elemento sano, retraído en parte y en parte eclipsado por la turba vocinglera; hombres de historia limpia á quienes su carácter severo perjudica; otros que están preteridos porque en ésta ó aquella ocasión tuvieron un arranque de independencia, y que como no chillan, ni vociferan, ni quieren acercarse á tomar puesto en primera fila, nadie los ve ni los toma en consideración; y hay también una gran masa que no piensa en destinos ni en medros, y que sólo aspira á ver implantada la República.

Con todos estos elementos y los hombres de buena voluntad que están afiliados á un partido, pero que se unían á los que intentaban hacer algo práctico, se podría formar un núcleo más poderoso, más independiente y más decidido que todos los actuales.

Si no se forma, y pronto, ese núcleo frente al carlismo, que se organiza á toda prisa en previsión de acontecimientos que podrán tardar más ó menos, pero que vendrán, seremos responsables de las desdichas que sobre la patria y la libertad veigan; y no podremos siquiera echar la culpa á los jefes, porque la tendremos todos; nosotros en mayor grado que ellos, porque vimos el peligro y nos entretenimos en discutir cuando debíamos obrar, en suplicar cuando era necesario imponernos.

Que las provincias se organicen: pocos hombres independientes y enérgicos en cada una bastan para llevarlo á cabo. Y una vez organizadas, que convoque á los representantes de todas la primera que lo haya realizado, y á convenir en lo que debe hacerse. Como no vamos á discutir personalidades ni doctrinas, bien pronto nos entenderemos.

Una vez reunidos y conformes, proclamamos á nombrar un Directorio, confiándole los poderes necesarios para que pueda resolver libremente en todo aquello que responda al objeto de la organización.

Si no hemos conseguido unir á los jefes ni tenemos poder bastante para organizarlos frente á ellos, entonces... á llorar como mujeres las que no supimos imponer como hombres.

## A los federales

¿Cómo hemos podido durante veintiseis años vivir sin federación bajo la monarquía, y no podemos pasar sin ella bajo la República? Hemos soportado que los conservadores nos suprimieran todas las libertades y nos negaran todos los derechos en los siete primeros de la restauración, y vamos á oponernos á la venida de la República porque no realiza completamente el ideal de cada uno! No ya mentecatos, criminales seríamos.

Venga la República; una República tan dura para reformar como para castigar; que legisle y que gobierne; que en los ocho primeros días de pruebas incontestables de que viene á salvar á España de la postración, la ruina y la vergüenza, y no nos preocupemos de lo federal ni de lo unitario, que esto la nación lo decidirá; una República que lo mismo contenga á los que quieren avanzar más de lo conveniente, que impulse á los que quieran quedarse rezagados; República, en fin, de moralidad, pan, y palo.

Y como la nación vea que, pasadas las convulsiones naturales y necesarias en todo movimiento revolucionario, se implantan reformas salvadoras, al par que se sostiene el orden, se pondrá resueltamente á nuestro lado.

Pero ¡qué hablar de esto! Lo que urge, lo que constituye nuestro deber, es reintegrar á la nación en su soberanía, aboliendo los poderes inamovibles é irresponsables. Luego, ella sabrá lo que ha de hacer.

## Recuerdo oportuno

Voy á recordar, para los federales que creen de buena fe que siempre ha defendido su jefe lo mismo, un hecho.

El día 25 de Febrero de 1889, al entregarle el ramo que le dedicaron los republicanos reunidos en Barcelona el día 10, el señor Pi contestó:

«Me habría sido mucho más grata la ofrenda, si en vez de recibirla de una coalición parcial, la hubiese recibido de una coalición general, permanente y poderosa, que bajo una dirección firme y enérgica, pudiera llevar la nación por derroteros que pusieran pronto y feliz término á los males que la afligen. Ustedes saben que no he perdonado sacrificio «para conseguirla» hoy, como ayer, estoy dispuesto á cuanto pueda conducir á «construirla» sobre justas y sólidas bases. No he sido nunca un obstáculo para que se estableciera; no he pretendido nunca tampoco «convertirla en la subordinación de los demás partidos al nuestro.»

No abriguen ustedes el recelo de que, por hacerla, se aflojen los vínculos de nuestro partido. No hay ningún partido que tenga su programa tan claro y tan definido como el nuestro, ni programa que tanto diste del de los demás partidos; las ideas lo mantendrán siempre unido, cualesquiera que sean los términos en que la coalición se realice. No siendo «ni pudiendo ser la coalición la absorción de uno por otro partido,» cada uno conservará íntegra su personalidad.»

En esas palabras pueden ver los federales que piensan, lo deleznable de la consecuencia de su jefe, y por lo tanto, el crimen de lesa patria que cometen al negarse á entrar en la unión, por creer que de este modo quedarían fuera de la ortodoxia federal.

Las contradicciones de su jefe son tantas y de tal bulto, que pudieran ellos muy bien recorrer el diapasón político, desde el absolutismo hasta la anarquía, justificando cada paso con un texto del señor Pi.

Cesen, pues, de invocar la consecuencia para negarse á entrar en la unión y confíen realmente que no entran porque su jefe les ordena lo contrario.

Y con esto queda terminada la polémica que sostengo con la *Autonomía* y *La Lucha*, estimados colegas que de seguro ignoraban, al hacer determinadas afirmaciones, que su jefe había hecho esas otras.

## GRACIAS, MIL GRACIAS

El espíritu liberal se ha reanimado en las discusiones del Congreso. A ratos parecía que el de EL MOTIN se cernía sobre toda la Cámara.

Lo que se ha juzgado durante muchos años manía sectaria, ha logrado imponerse.

Que no quede ahí; que la prensa de gran circulación siga sosteniendo los tonos que la libertad le ha arrancado en los últimos días, y lo que queda por hacer aún, se hará.

Pero sea cualquiera la actitud en que los demás se coloquen, yo seguiré gritando: *En el clericalismo está el peligro!*

Si lo he venido haciendo cuando el mayor número me combatía ó me abandonaba no he de hacerlo en adelante, después de lo ocurrido?

Una gran solemnidad parlamentaria en honor de EL MOTIN; he aquí lo que se ha dado en el Congreso.

Gracias, diputados republicanos, democratas y liberales, gracias.

Aunque un poquito tarde, habéis cumplido como buenos.

## A ellos, correligionarios

Habiendo triunfado la tendencia sostenida por EL MOTIN, menos entre los federales, que siguen idolatrando á su jefe, sólo se explica el que permanezcan apartados de él muchos republicanos, por la cuestión clerical. Hay en el partido muchos que, como dijo un escritor ilustre, «acopló á Cristo con Robespierre, y amalgamó, con una seriedad digna de elogio, las actas de los apóstoles con los decretos de la Santa Convención, que es el epíteto sacramental» republicanos de sacristía, sin conciencia perfecta de lo que significa la palabra democracia, y que aplauden á León XIII cuando afirma que el catolicismo es compatible con todas las formas de gobierno, sin advertir que lo dice porque ve que la influencia se le escapa á la Iglesia por completo, ni que, después de todo, eso no es más que un acomodo interesado con el éxito, un viva el que triunfa!

Y yo les digo á esos republicanos: «¿Vais á ser más clericales que los mismos monárquicos, muchos de los cuales combaten ya cara á cara al clericalismo?» No; imposible. ¡Guerra todos á él!

## Siglo nuevo, vida vieja

Y después de haber dicho todo eso ¿qué?

Lo de siempre. Y ahora, queridos lectores, ¡hasta el siglo próximo!

JOSÉ NAKENS

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.— 15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN.

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.  
LOS CRIMENES DEL CARLISMO, por EL MOTIN. Con ilustraciones.  
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Strosmayer.  
JUANA LA PAPIA, por Julio Fernández Mateo.  
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.  
MONTA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RELEVADAS DE LOS JESUITAS LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.  
JOSÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Leiz.  
CARTAS DE TAYLLELAND al obispo de Clermont y al abate Maury.  
CARTA DE TAYLLELAND al Papa Pío VII.  
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por EL MOTIN.  
LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.  
MÍSTICAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.  
MÍSTICAS PORNÓGRAFICAS de los Jesuitas, ídem, ídem.  
CARTA A BUENIA, por Frère.  
O CATECISMO Ó DEMOCRACIA, por F. LAURENT.  
LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. DIFUSAS á una junta de doctores, por las cuales los jesuitas se perdieron en 1911.  
CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CRISTÓN, por don Nicolás Pérez.  
LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Polvin (Hom Jacobus).  
LA ENCLAVITUD Y LA IGLESIA, por Idem.  
LOS MEJORES FOMENTOS MADONOS, por EL MOTIN.  
GUERRA Y AMAR, por Idem.  
GRACIAS DE GUERRA, por Idem.

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que ahora se en vía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRESA, ENCARNACIÓN, 4.